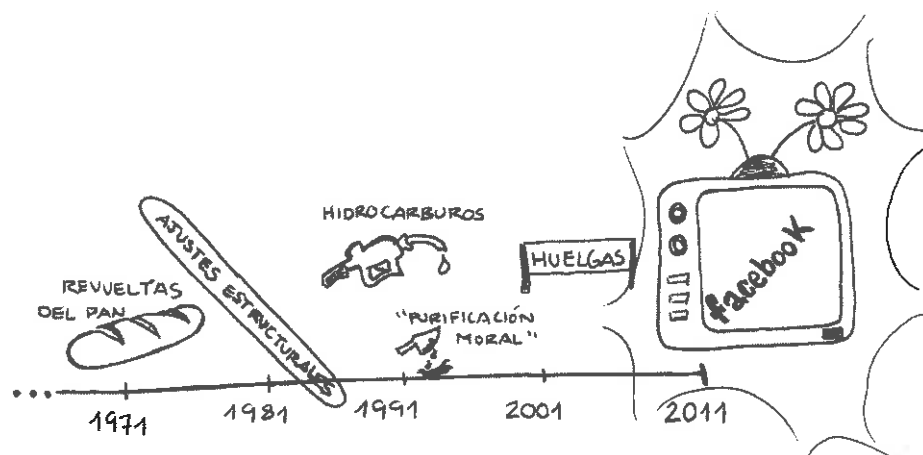


LAS RAÍCES DE LOS LEVANTAMIENTOS ÁRABES: ENSAYO DE INTERPRETACIÓN

BOUZIANE SEMMOUD*



I. Introducción

Gracias a los levantamientos populares del mundo árabe, Europa se ha vuelto a interesar por esta región, a menudo considerada como una entidad homogénea, no tanto quizás en la esfera científica pero sí en los círculos mediáticos, que se hacen eco de las opiniones de especialistas según los cuales estas revueltas son revoluciones abocadas a generalizarse al conjunto de la región. Los discursos se centran en la muy legítima aspiración democrática de las sociedades y, en especial, de los jóvenes, origen del movimiento de protesta¹. Al parecer, esta solo podría ajustarse al modelo «occidental», presentado como universal y sobre el que raramente se reflexiona, a pesar de que, en sus reivindicaciones sociales, el movimiento de los indignados que surgió en España, Grecia y luego Francia ha acompañado sus reivindicaciones sociales de un cuestionamiento de la democracia representativa. Esta ignora a menudo la evolución de las aspiraciones de muy amplios segmentos de la sociedad y no está exenta de derivas como la conocida por Italia, donde el modelo de «éxito» encarnado por

Berlusconi y sus extravagancias hizo millones de émulos. La bipolarización política puede bloquear la escena política y la preeminencia del modelo neoliberal agrava los desequilibrios sociales: las formas de protesta permanente observadas en Túnez y Egipto podrían inspirar en la sociedad la búsqueda de un modo de control pacífico de las fuerzas políticas consagradas por el veredicto electoral. Este flujo de ideas que preconiza la evolución de la relación entre poder y sociedad es silenciado, a la vez que se subraya el peligro –muy real– de que las fuerzas islamistas se apropien del viento de libertad que sopla en el mundo árabe. Este hecho ha sido presentado a veces como una tendencia inevitable, remitiendo al lector, al oyente o al telespectador hacia el discurso dominante sobre el conflicto de civilizaciones que enfrenta a «Occidente» con el «mundo musulmán» e incluso con el islam. Así, vuelve a traerse a colación el tema de las rivalidades comunitarias, habitualmente privilegiado por estos mismos medios de comunicación, pero también por sectores enteros del mundo

*Catedrático de Geografía de la Universidad de París 8, miembro del Laboratoire Dynamiques Sociales et Recompositions des Espaces, UMR 7533 CNRS

Traducido para la revista *Laberinto* por Gabriel Roldán Toro y revisado por Aron Cohen.



de la investigación en el ámbito de las ciencias sociales. La estrategia conciliadora adoptada por los islamistas en Túnez y Egipto parece haber disipado estos temores y el discurso imperante ahora es el de la integración de estas corrientes en el juego político.

Apenas se habla ni de la dependencia económica y financiera de los países en cuestión con respecto al capitalismo mundial, ni de los principales asuntos económicos y políticos relevantes para la región (hidrocarburos, cuestión nacional palestina, relaciones asimétricas Norte-Sur, fragmentación política y económica del mundo árabe, intervencionismo estadounidense), ni mucho menos de las reconfiguraciones sociales y territoriales producidas por las opciones liberales y la inserción subordinada en los mercados mundiales.

10 El hundimiento rápido de los poderes personales y autoritarios de Ben Alí en Túnez y de Mubarak en Egipto es, qué duda cabe, un logro saludable del levantamiento popular en esos dos países. Los meses siguientes estuvieron marcados por la resistencia de los sistemas políticos y/o económicos heredados en Túnez y Egipto, el estancamiento de las situaciones en Yemen y Siria, la sofocación del levantamiento bahreiní (que no tuvo eco en Europa ni en Estados Unidos, tan prestos a apoyar a la rebelión libia) y la incertidumbre que pesa sobre Libia, donde se está produciendo pura y simplemente un cambio de régimen. Todo ello exige un examen crítico de los objetivos de los diferentes actores y revela la diversidad de las situaciones. Los levantamientos definidos homogéneamente como «primavera árabe» o «revoluciones», más allá de las esperanzas o de las inquietudes que han suscitado, toman caminos, modalidades y ritmos diferentes, prueba del peso que tienen las construcciones políticas nacionales.

Con todo, podemos intentar comprender las evoluciones en curso, buscar las raíces de una crisis multiforme. Esta se puede calificar de crisis prerrevolucionaria violenta que sacude los regímenes sin transformarlos en profundidad, incluso allí donde los líderes han sido derrocados (Túnez, Egipto), se está intentando derrocarlos (Yemen, Siria) o se les empuja a hacer concesiones (Jordania, Marruecos, Argelia). La complejidad y la diversidad de las trayectorias tienen

que ver con la estrecha imbricación existente entre múltiples dimensiones de carácter político, económico, social, cultural y territorial, las cuales se articulan con los intereses internacionales en juego. Ningún factor puede por sí solo dar cuenta de la dinámica actual, aunque pueda parecer a veces preponderante, como la reivindicación política de democratización. Este concepto nunca había resultado más polisémico: incluye a la vez el ámbito político, económico (¿qué libertad de acción?) y los derechos culturales (libertad de acceso a la cultura, de hablar la lengua propia, de creencia y de práctica religiosa). Por ahora, se manifiesta en un estado de inestabilidad política y social que siembra de incertidumbres toda la región. Si bien este estado refleja las dificultades reales de la transición democrática (Túnez, Egipto), expresa igualmente, lejos de la teoría del complot, las interferencias de problemáticas mundiales y regionales, energéticas y geoestratégicas, y de las correlaciones de fuerzas en el Próximo y el Medio Oriente (Libia, Siria, Yemen). Por ello, se abordarán de forma separada los conflictos específicos de Libia y Siria.

II. De la protesta social a la revuelta política: un tiempo crítico en un largo proceso

El levantamiento tunecino se desencadenó por la inmolación a lo bonzo de un joven parado de una ciudad del interior del país, Sidi Buzid, y se consolidó con la huida de Ben Alí el 14 de enero de 2011. Este «pequeño acontecimiento» de un «actor singular», ocurrido a escala microsociológica² y reeditado en otros países árabes, iba a dar paso a otros levantamientos, empezando por Egipto, donde el movimiento gana en madurez, hasta Yemen, Jordania, Libia, Baréin y Siria. Suscitó también protestas violentas, reprimidas duramente o apaciguadas por concesiones del poder, como ocurrió en Argelia, Marruecos, Irak, el Kurdistán iraquí y después el turco, Arabia Saudí, Kuwait, Omán, Irán, Líbano...³

Estos movimientos no son puramente espontáneos ni se deben a una toma de conciencia repentina suscitada por las redes sociales, cuya fuerza de movilización es innegable. Se inscriben en una dinámica contestataria de larga duración que tiene sus raíces en las «revueltas del pan» de

Las raíces de los levantamientos árabes

los años setenta y ochenta: de hecho, verdaderas rebeliones sociales fracasadas, momentos de exasperación de movilizaciones sociales recurrentes, a veces salpicadas de aspiraciones democráticas. Dichos movimientos cristalizaron más tarde en luchas sociales de los asalariados y en protestas ciudadanas ininterrumpidas. Si ahora la aspiración democrática ocupa una posición central tras haber tomado rápidamente el relevo de la protesta social, tampoco era desconocida por los movimientos precedentes.

La historia reciente de los países árabes está marcada por los levantamientos populares, calificados impropriamente de revueltas del pan, al haberse centrado la atención en el factor desencadenante y no en las causas profundas. En Egipto (1977), en Marruecos (1981), en Túnez (1983-1984), en Sudán (1985) y en Jordania (1989), los «motines» fueron suscitados por un elemento desencadenante, como las medidas de austeridad impuestas por los programas de ajuste estructural, que se tradujeron en un aumento de los precios de los productos de primera necesidad. Tanto en el Magreb como en Jordania, las subidas de los precios coincidieron con la caída de los ingresos de fosfatos e hidrocarburos. En todas partes, la congelación salarial y el crecimiento de la inflación (un 12,5% en Marruecos en 1981, pérdida del 40% del valor del dinar jordano en 1988...) contribuyeron a la degradación de la situación social. La articulación con el movimiento obrero se dio más bien de manera esporádica y efímera. En El Cairo, en 1977, la chispa saltó sin duda alguna en Helwan, el gran barrio industrial del extrarradio sur; las manifestaciones comenzaron en las universidades (como en Jartum en 1985) y en los barrios obreros, pero la calle fue rápidamente ocupada por la masa de excluidos (J. Couland, 1998). En Marruecos en 1981, 1984 y 1989, en Túnez en 1983 y en Argelia en 1988, las «revueltas» estuvieron precedidas y fueron seguidas por huelgas muy duras que hicieron retroceder a los Gobiernos. Pero la represión fue tan violenta como herméticamente cerrados eran en todas partes los sistemas políticos. A veces, la expresión política de los movimientos fue aprovechada por diferentes clanes en el poder para reconfigurar correlaciones de fuerzas políticas y acelerar generalizadamente las reformas neoliberales.

Es verdad que a finales de 2010 también se daba un elemento desencadenante: el récord histórico de los precios mundiales de los productos alimenticios, que pronto repercutió en los mercados nacionales. Pero las revueltas de 2011 siguieron a muy amplias movilizaciones sociales, con oleadas de huelgas de gran calado, manifestaciones, ocupación de la calle y enfrentamientos con las fuerzas del orden.

En Egipto, esta oleada se desarrolló entre 2006 y 2010, contra la voluntad de la Federación Nacional de Sindicatos Egipcios, muy sometida al poder. Surgió en la inmensa fábrica textil de Mahalla Al Kubra y se extendió a otras industrias, públicas y privadas, así como a otros sectores: transportes, la Autoridad del Canal de Suez, hospitales, estibadores, funcionarios, etc., abarcando todo el país. Se produjo una convergencia con otras fuerzas sociales: jóvenes y parados, militantes de Kifaya («¡Basta!» en árabe), un movimiento de resistencia social muy activo encabezado por la clase media (Ben Nefissa, 2008), activistas de las redes sociales, etc. Las reivindicaciones salariales y la denuncia del elevado coste de la vida adquirieron pronto una dimensión política, exigiendo el reconocimiento de las organizaciones sindicales autónomas existentes de hecho y mostrando su rechazo a las privatizaciones y a la dominación del Partido Nacional Demócrata (PND) de Mubarak. Esta protesta política se amplificó en abril de 2008, al coincidir la huelga de los obreros contra la carestía, el alza súbita de precios de los productos alimenticios y el encarecimiento y escasez de pan subvencionado, origen de enfrentamientos que se saldaron con quince muertos y que fueron contrarrestados con algunas medidas urgentes del poder. La segunda aceleración del alza de los precios a finales de 2010 sirvió de desencadenante de una agitación social intensa que tomó el relevo de las constantes reivindicaciones obreras, convirtiéndose en revuelta política a raíz de los logros conseguidos por la tunecina. Las huelgas que estallaron por todo el país ampliaron el ámbito social y territorial de la protesta (desde las ciudades del canal y del delta al valle del Nilo) y precipitaron la caída del régimen. Como en Túnez, el continuo relanzamiento de las movilizaciones de obreros y otros asalariados, y



de las reivindicaciones sociales en general, fue seguido de una explosión popular exigiendo democracia, y no ha cesado después –120 movimientos de protesta de asalariados en Egipto solo en el mes de octubre de 2011–; la cuestión económica y social sigue siendo por lo tanto el motor de la protesta. La urgencia de las respuestas y la amplitud de la tarea dificultarán la maduración de la «revolución» sin una transformación de las relaciones sociales.

En Túnez, en los momentos más duros del conflicto y los enfrentamientos, dos días antes de la huida de Ben Alí, las direcciones regionales y las secciones locales y sectoriales de la Unión General de Trabajadores Tunecinos –no así la dirección central, próxima al régimen– impulsaban la realización de huelgas y manifestaciones. Por su extensión a otras ciudades y pueblos y por su violencia, estas movilizaciones resultaron decisivas.

12 La escasez de empleo y de vivienda venía generando una dura competencia entre demandantes locales y de otras partes del país. El regionalismo renació como consecuencia de la crisis y del acceso desigual a los limitados recursos. Resulta emblemática al respecto la larga revuelta de Redeyef (de enero a junio de 2008), una ciudad de la cuenca minera del suroeste tunecino, golpeada por el paro endémico que sobrepasa el 30% de la población activa. Una campaña de contratación realizada entonces por la compañía de fosfatos dio lugar a violentas protestas. Desacreditada por el nepotismo y la corrupción, esta marginaba a los nativos de la región. La reestructuración provocó la pérdida de empleos y el deterioro de las condiciones laborales: las minas de Gafsa y Redeyef perdieron más de la mitad de su plantilla de 1980, al tiempo que la compañía subcontrataba actividades a aliados del poder o a dirigentes sindicales, que pagaban salarios cinco veces menores. La represión fue brutal en una ciudad sitiada y aislada del resto del país por el ejército y la policía.

Protestas parecidas tenían lugar en Argelia, en los pocos centros que seguían contratando con carácter indefinido: Hassi Messaud, la principal base petrolífera del país, Uargla y el complejo petroquímico de Arzew-Mers El Hajaj. La violencia podía volverse contra la «competencia», si se trataba de un grupo vulnerable de es-

tatus «inferior», como eran las mujeres solas venidas de diferentes regiones para buscar trabajo en Hassi Messaud, víctimas de violaciones y de otros actos de violencia en 2001 y en 2010, cometidos en nombre de la «purificación moral».

En Argelia, la explosión social de enero de 2011 y las posteriores manifestaciones estuvieron precedidas por numerosos y casi cotidianos movimientos sociales de variadas formas: huelgas, concentraciones, bloqueo de carreteras, revueltas... La huelga de los trabajadores de Ruiba y Reghaia, en la periferia industrial de Argel, en enero de 2010, recordaba a la de octubre de 1988, y siguió a la de los obreros del complejo siderúrgico de Annaba, que a su vez se repite seis meses después, así como la de los sectores de la educación y la sanidad, etc. El desarrollo de sindicatos autónomos dio fuerza a la protesta, frente a una Unión General de los Trabajadores Argelinos considerada muy conciliadora. La protesta persiste, tanto en las grandes ciudades como en las aldeas rurales más pequeñas, y redobló su intensidad al extenderse las huelgas a numerosos sectores y las reivindicaciones relacionadas con la vivienda a todo el país.

En Marruecos, la movilización política que comenzó en febrero de 2011 prolonga un movimiento huelguístico en alza (240 huelgas en 2010) o estallidos sociales localizados (Sidi Ifni en 2008). También entronca con el movimiento de titulados en paro más antiguo y más estructurado del mundo árabe.

En Baréin, la revuelta, que se extendió desde 1994 hasta 1998, se desencadenó por una protesta social (la de los jóvenes licenciados en paro), antes de tomar una dimensión política.

La articulación entre los levantamientos de 2011 y el mar de fondo de los movimientos sociales que atraviesan las sociedades árabes desde hace años, así como la relación no programada entre «formas ya conocidas» y «formas transgresivas»⁴ dirigidas principalmente por nuevos agentes (los jóvenes), innovadores en materia de movilización (redes sociales), determinaron su rápido éxito en Túnez y Egipto.

Desde entonces, el largo y sangriento desenlace del conflicto armado en Libia, así como el enfrentamiento armado entre opositores y partidarios de Alí A. Saleh en Yemen, parecen favorecer la difusión de la idea de una transición

democrática pacífica. Esta librería de traumas a las sociedades y de una agravación de la crisis a las economías: la producción petrolífera libia es, por así decirlo, nula (50.000 barriles diarios frente a 1,6 millones en vísperas del conflicto); tanto en Túnez como en Egipto se han perdido decenas de miles de empleos y han caído las inversiones extranjeras directas y las transferencias de capitales⁵, al tiempo que la degradación económica alimenta los disturbios en todas partes. Dicha transición modificaría progresivamente y en profundidad los sistemas políticos, evitando al mismo tiempo la (con mucha razón) sospechada intervención extranjera destinada a defender intereses económicos, servir a manejos electoralistas⁶ y a una estrategia de dominación militar⁷, so capa de injerencia humanitaria. La evolución de la crisis siria, marcada por los intereses geopolíticos regionales y los locales de poder, así como el riesgo de inestabilidad que constituye la circulación de armas libias en el África mediterránea y en los márgenes sahelosaharianos (muy penetrados ya por los grupos armados islamistas), refuerzan esta creencia en un país como Argelia, cuya traumática década negra mantiene rescoldos regionales con espectaculares atentados recurrentes⁸, al igual que en el vecino Marruecos, golpeado por los atentados de Casablanca en mayo de 2003 y de Marrakech en abril de 2011, el último hasta la fecha.

III. Las reacciones de los regímenes: entre respuesta social y concesiones políticas menores

Se produjeron concesiones de urgencia al mismo tiempo que se ejercía una represión severa, a menudo sangrienta, en Yemen, Baréin y Siria, tras las de Túnez y Egipto; muy brutal, también, como mínimo, en Jordania, Argelia y Marruecos.

Primero, *concesiones materiales*. Se anunció en todas partes la anulación o reducción de la subida de precios de los productos básicos de consumo y la asignación de fondos suplementarios para subvenciones. Se prometieron o concedieron revalorizaciones de salarios de forma urgente o en el marco de negociaciones sociales reactivadas (Yemen, Jordania, Argelia, Marruecos), así como la puesta en marcha de

incrementos del subsidio de desempleo, principalmente en el caso de los trabajadores titulados en paro (Túnez, Arabia Saudí, Omán). Bahréin y Arabia Saudí anuncian un apoyo acrecentado para los créditos inmobiliarios y Argelia flexibiliza los trámites de crédito para los jóvenes.

Después, *concesiones políticas*. Los jefes de Estado más contestados renunciaron a presentarse a las siguientes elecciones presidenciales (Ben Alí, Mubarak, Alí Saleh), otros lo dejaron entender (Bashar Al Assad) y decretaron el levantamiento del estado de emergencia. Se abandonó la apropiación dinástica del poder. Bashar Al Assad prometió reformas constitucionales y cedió inmediatamente sobre la preeminencia del partido en el poder desde hace medio siglo, el Baaz. Mauritania anunció la creación de televisiones y radios privadas antes de finales de 2011. Numerosos Gobiernos instauraron o alentaron comisiones de lucha contra la corrupción, una de las principales reivindicaciones de las protestas (Túnez, Arabia Saudí, Jordania...), aunque no sin tomar, a menudo, precauciones que se parecen mucho a una protección de esta práctica, por ejemplo, el mantenimiento del delito de prensa en Jordania.

Mientras que en los países en los que las revueltas se dan abiertamente (Túnez, Egipto, Yemen, Libia, Siria) se rechazan las proposiciones desesperadas de los jefes de Estado, en Marruecos y Argelia las reformas políticas propuestas por los dos regímenes casi se benefician de un *statu quo* favorable a la superación de una crisis que sería fundamentalmente social, especialmente en Argelia. Los debates sobre una reforma constitucional en este último país, conducidos por defensores del sistema político, y las proposiciones llamadas a ser sometidas a una asamblea nacional desprovista de cualquier legitimidad popular, no suscitaron ningún consenso, a pesar de los pasos prometidos (pero curiosamente recortados por esta misma asamblea): aumento de la participación femenina en las asambleas elegidas con excepción del Senado, despenalización del delito de prensa, reglamentación sobre la acumulación de mandatos, etc. La apertura audiovisual anunciada en septiembre de 2011 excluyó a la televisión pública; la creación de cadenas privadas sometida a la autoridad del poder político podría tender a favorecer, según



los profesionales del sector, a los poseedores del capital próximos al poder, mucho más que las motivaciones estrictamente comerciales. En Marruecos, las reformas propuestas y controladas por palacio resultan menores y casi no cuestionan el poder absoluto de Mohamed VI, sultán, emir de los creyentes, que reina y gobierna, frente a las aspiraciones de los jóvenes del movimiento del 20 de febrero, coincidentes con las de los contestatarios jordanos que reivindican la limitación del poder del rey Abdalá II. El Gobierno argelino refuerza su función de redistribución, posibilitada por la renta petrolera, y el monarca marroquí, a falta de medios y voluntad, intenta fortalecer su imagen de rey-ciudadano. En el otoño de 2011, la monarquía saudí cedió respecto al derecho de las mujeres a votar y a ser elegidas en los comicios locales... en 2015 y se plantea el nombramiento de mujeres como miembros del *Majlis Al-Chura* (consejo asesor). Pero siguen estando bajo la tutela de los hombres: de acuerdo con las autoridades religiosas, los Saud conceden derechos políticos controlados a las mujeres, para mantener su marginalidad social.

14

IV. ¿Características originales?

1. Rejuvenecimiento y renovación de la identificación nacional

Tanto los levantamientos como las protestas esporádicas pero recurrentes, revelan que la identificación nacional es más fuerte que nunca, sin perjuicio del crecimiento del sentimiento de pertenencia religiosa. El sentimiento nacional (tunecino, egipcio) cristalizó en una solidaridad y una cohesión espontáneas, en un reencuentro de la dignidad y de la palabra ante el autoritarismo represivo (la auto-inmolación de Bouazizi fue la respuesta a su dignidad pisoteada y al derecho a la palabra que se le negaba). Dicho sentimiento, expresado por los jóvenes movilizados, se traduce sobre todo en su aspiración de acceder a los recursos, al empleo, a la vivienda, a los servicios públicos; en ningún caso apela a un nacionalismo chauvinista que los sistemas políticos autoritarios no han dejado de alimentar. Este acceso es una condición inseparable de la necesidad humana de recono-

cimiento social y en pos de la ciudadanía. En un contexto claramente emocional, las identidades se reencuentran con un espacio nacional del que se las creía cada vez más alejadas, ante la atracción de otras referencias territoriales locales o supranacionales. Este patriotismo de nuevo tipo es «revolucionario», en el sentido de que rompe, a la vez, con la imagen de una cristalizada identidad religiosa dominante, ofensiva y con vocación de omnipresencia (una representación muy extendida en la opinión pública europea y estadounidense) y con cualquier clase de particularismo identitario localista, etnolingüístico o religioso. Las jóvenes generaciones renuevan de algún modo el patriotismo liberador de sus abuelos al arraigarlo en la realidad contemporánea, tanto por sus objetivos (exigencia democrática y rechazo del autoritarismo, dignidad, igualdad de derechos, igualdad social...) como por sus medios (nuevas tecnologías, movilización de los valores tradicionales). El Estado-nación vuelve a ser una reivindicación y una afirmación popular, social y política, y no solo la expresión de un sistema político defensor de la soberanía nacional ante un sistema mundial que persigue expropiársela, o un marco apropiado para que los partidarios del islam radical instauren un régimen teocrático imposible a escala de la *Umma* (comunidad de creyentes). En los propios círculos islamistas, esta nueva representación de los jóvenes genera fricciones e incluso conflictos generacionales que pueden modificar las estrategias.

2. Un nuevo enfoque de los conflictos: de la visión particularista a la dimensión universal

Los levantamientos centran sus objetivos en la lucha contra la pobreza, las desigualdades sociales, la falta de apertura política y el autoritarismo. Esta dimensión se ha sacrificado durante largo tiempo en el altar de la tesis del choque de civilizaciones, ilustrada por la profusión de análisis que favorecen las interpretaciones basadas en los particularismos comunitarios y regionales, presentados como principal fuente de los conflictos.⁹

Los llamados conflictos religiosos o «étnicos» tienen, de hecho, una profunda naturaleza

económica o social; en realidad, tienen que ver con la tierra, el agua, el poder... Y si los particularismos etnolingüísticos y religiosos se expresan violentamente, es porque sufren una relegación social o política sentida como una discriminación. En Baréin, un reino dominado por la familia real suní de los Al-Jalifa, pero donde la diversidad confesional es considerable, la minoría chií, demográficamente mayoritaria, está marginada en el ámbito social, muy poco integrada en la administración pública y relegada de los empleos en la policía y el ejército. Las manifestaciones y huelgas de los trabajadores en todos los sectores (construcción, refinerías, compañías aéreas, servicios públicos...) que siguieron a la intervención militar saudí trascendieron las discrepancias confesionales, en particular dentro de las capas sociales desfavorecidas. La represión del levantamiento bareiní y la invasión de la isla apenas suscitaron el menor eco, especialmente en Estados Unidos, que tiene el cuartel general de su Quinta Flota para Oriente Medio en Manama, frente a Irán. En el Líbano, las recientes manifestaciones de la juventud contra el sistema político confesional constituyen de hecho un cuestionamiento del monopolio de la vida económica en manos de personalidades de las distintas confesiones y del funcionamiento político y social clientelista que estas han instaurado prolongadamente. Las recurrentes protestas chiíes se producen ante una opresión socioeconómica muy fuerte y una marginación incesantemente agravada; se dirige a la vez contra el poder central y contra los notables chiíes.

En todos aquellos espacios que albergan pueblos de confesiones o lenguas diferentes, son los conflictos sucesivos los que han generado fuertes discrepancias confesionales allí donde antes existía más un predominio confesional que un exclusivismo. La guerra civil de 1958 y especialmente la de 1975 a 1990, asociada a las intervenciones extranjeras, en particular la invasión israelí, homogeneizaron los barrios de Beirut y otros territorios, agravando las desigualdades entre el norte y el sur del país. Igualmente en Irak, tras la ocupación estadounidense, la puesta en marcha del proyecto federalista sobre una base confesional y la guerra civil produjeron desplazamientos forzados, depuraciones y el repliegue de la población sobre bases étnicas y

religiosas, regionales o de barrios, borrando así la pluralidad (incluso en las grandes ciudades cosmopolitas) que abarcaba a las grandes divisiones culturales y confesionales del país.

En Yemen, que vive una generalización de la revuelta contra el régimen de Alí A. Saleh, en el poder desde 1978, la doble protesta del norte y del sur es de naturaleza política y social. En el norte, los huthis, zaidíes al igual que el jefe de Estado, se han rebelado sin embargo contra la marginalización de su región, en el extremo septentrional del país, alrededor de Sa'ada, antigua capital del zaidismo, y contra dificultades que implica el muro fronterizo erigido por los saudíes aliados del régimen actual, supuestamente destinado a atajar el tráfico de drogas y armas y la inmigración ilegal. La protesta toma en el sur tintes secesionistas ininterrumpidos, en la medida en que la dominación de los «nordistas» es vivida como una colonización. Después del intento de secesión frustrado de 1994, las tierras antiguamente nacionalizadas pasaron a manos de dignatarios del norte, cien mil militares y funcionarios del sur fueron jubilados o perdieron su empleo, mientras se daba prioridad a funcionarios venidos del norte y se excluía a la élite culta de los poderes decisorios (F. Mermier, 2008). La dimensión nacional que reviste la actual revuelta contra el régimen ha venido a relegar la amenaza de fragmentación del país.

3. Las formas de movilización: entre redes sociales y movilización de los rituales religiosos

Como se dijo antes, desde una perspectiva histórica, los levantamientos árabes son parte de un lento y largo proceso de integración en la modernidad política. La resistencia de las masas comprometidas en la protesta es una nueva forma de movilización, como lo es el uso de las nuevas tecnologías, especialmente las redes sociales. Después de una fase de euforia en la que se las señalaba comúnmente como la causa de las «revoluciones», se resitúan en su verdadera dimensión: una innovación que ha sido uno de los detonadores de la movilización y que ha permitido, gracias a la versatilidad de sus instrumentos, sortear el control de los sistemas políticos. Su peso es sin embargo



relativo, comparado con el de los grandes medios de comunicación (González Quijano, 2011). La herramienta es igualmente una modalidad de «puesta en común de las emociones» que favorece el aumento de la movilización (Larcher y Terzier, 2011) a la vez que permite medir su amplitud y difusión espacial, actuando así sobre su evolución. La cadena catari Al Yazira¹⁰ solo pudo ver su poder reforzado, hasta convertirse en una verdadera máquina de guerra mediática, gracias a los lazos tejidos con los internautas y otros usuarios de las tecnologías de la comunicación, tradicionales o modernas.

16

En cuanto a las formas de movilización, lo religioso ofrece una nueva dimensión. La oración colectiva de los viernes se ha convertido desde finales de febrero de 2011 en el día de movilización, aunque mucho más en Egipto, Yemen, Jordania y más tarde en Siria, que en el Magreb. Esta oración colectiva garantiza una nutrida asistencia de la población, cuya identificación con el islam no ha cesado de reforzarse a raíz del fracaso de las diferentes ideologías, la pérdida de referencias, el largo juego de espejos con Occidente y el poderoso activismo islamista. Las mezquitas, al igual que las grandes plazas transformadas para la ocasión en lugar de oración, se convierten en un vector de movilización espontánea para la protesta social y política, especialmente en situación insurreccional, cuando las redes sociales son vigiladas y reprimidas como ocurrió en Egipto y en Siria. ¿Habría permitido la revuelta social y política, por un tiempo, una reapropiación popular de los lugares de culto en detrimento tanto del poder político dominante que los utilizaba como de los islamistas que los transformaban en terreno para el despliegue de su contrapoder? En los casos tunecino y egipcio, la reconquista de las mezquitas por las corrientes islamistas se produjo principalmente en la fase posterior a la insurrección, al acercarse el periodo electoral.

Sin líderes, sin partidos... Este es uno de los rasgos distintivos de la movilización que refleja una doble desconfianza de la sociedad muy presente en la memoria colectiva: en la clase política, a la que ve siempre ajena a sus preocupaciones y casi siempre comprometida con los antiguos sistemas políticos; y en el liderazgo, sinónimo de apropiación de la voluntad popular por parte de los «za'im» (guías).

V. Las relaciones del poder con la sociedad o la imposible búsqueda de una legitimidad perdida

En las revueltas se pone de manifiesto un rasgo repetitivo sin excepción alguna: los manifestantes toman siempre los edificios públicos y, más generalmente, todo lo que representa «la autoridad» (comisarías, sedes y locales de los partidos únicos o dominantes, prefecturas, etc.) o las finanzas (bancos), pero también establecimientos escolares y otros edificios (institutos, universidades...). Se contesta y detesta el sistema *an-Nidham*, la autoridad *as-Sulta* y los gobernantes *al-Hukkam*. No se aprecia presencia de la noción de Estado en el ámbito de las protestas. No es que no haya existido en las representaciones populares, sino que se había vaciado del significado que, muy a menudo, los textos fundadores de las soberanías estatales le habían acordado en el momento de las independencias o de las «revoluciones nacionales». Ahora la vemos reaparecer en los proyectos de reconstrucción del Estado (Egipto, Túnez).

1. De la «hegemonía» al autoritarismo absoluto

En vísperas de la onda de choque tunecina, el conjunto del mundo árabe ofrece un panorama de sistemas políticos bloqueados, autoritarios, dominados por grupos cultural o políticamente minoritarios desde los que emergieron verdaderas oligarquías, cuyos clanes familiares son la parte visible. Por un lado, monarquías de despotismo más o menos ilustrado; por otro, repúblicas dominadas por un presidencialismo exacerbado. Y casi siempre una representación electoral de fachada, fundada en el mejor de los casos en cuotas distribuidas por regiones o por tribus, una práctica integrada dentro de los propios partidos ahí donde se da una situación de pluripartidismo. Su legitimidad se basa inicialmente en su pasado de lucha de liberación, y después en un compromiso social (la sociedad espera todo del Estado, el cual a su vez quiere controlar todo) y/o en una ideología socializante que predica el acceso compartido a unos recursos total o parcialmente nacionalizados, el desarrollo social y la independencia económica. Cualquiera que haya

sido la opción adoptada (economía estatizada o liberal), este pacto suscita tanto más aceptación, con sus giros autoritarios, cuanto que se encarna en dirigentes carismáticos: Nasser, Boumedienne, Mohamed V, Bourguiba e incluso Gadafi al comienzo de la Yamahiriya. Así, incluso los partidos únicos constituyen, si no un marco pluralista, al menos una instancia de confrontación de ideas. Esta situación concuerda con la teoría de la hegemonía de Gramsci, que asocia la coerción (que se puede ejercer recurriendo a la violencia legítima) con el consentimiento de la sociedad¹¹. La perennidad del sistema político o su cuestionamiento dependerán de la evolución de este equilibrio.

Este pacto se debilitó, primero, por las opciones liberales de los grupos dominantes, que dejaron de preocuparse por los intereses de quienes con su consentimiento garantizaban la preeminencia de aquellos; y después, por la crisis de la deuda que condujo a los planes de ajuste estructural de los años ochenta. Esta evolución estuvo acompañada de un endurecimiento del autoritarismo, de la monopolización de los poderes sin espacio legal para la contestación, y de la exclusión del campo político e incluso económico de las élites urbanas antes implicadas en misiones desarrollistas que las alineaban con los poderes centralizados. Reforzados y asegurados en su monopolio gracias solamente al ejercicio de la violencia, los partidos únicos (Egipto, Irak, Siria, Argelia, Libia) o dominantes (Marruecos, Túnez) organizan sus apoyos políticos: células de barrios, universidades, etc. y control de los sindicatos —a menudo unificados— y de las organizaciones de masas (mujeres, jóvenes...)¹². Asimismo, las alcaldías y corporaciones municipales son simples ejecutores del poder central, y las cámaras nacionales no tienen más potestad que la de refrendar decisiones del ejecutivo.

En los años ochenta, como consecuencia de una serie de movilizaciones de protesta, se produjo una «apertura» para la sociedad civil: se instauró o reactivó el pluripartidismo; el sindicalismo afirmó su autonomía frente a «la autoridad»; y sobre todo, el movimiento asociativo se desarrolló notablemente.

Esta apertura actuó como instrumento de regulación de las frustraciones y de control de las expectativas sociales sin satisfacción posible. A

raíz de la revuelta de octubre de 1988, el régimen argelino «ofreció» el pluripartidismo frente a una contestación que tenía un carácter esencialmente social. Pese a haber sido controlada y refrenada durante el llamado *decenio negro*, esta apertura y la irrupción de verdaderos debates políticos y sociales en una prensa escrita diversa abrieron un espacio a la crítica del sistema, obteniendo incluso a veces la retractación del poder sobre decisiones importantes, como la muy liberal ley sobre los hidrocarburos de 2005. Igualmente en Marruecos, la llegada al trono de Mohamed VI, que rompió con la «mano de hierro» de Hassan II pero sin comprometerse a verdaderas reformas, abrió la puerta al debate sobre la monarquía absoluta (una mezcla de lo sagrado y lo secular personificada por el título de *Emir al Mu'minin*), tanto en el ámbito político como en la prensa. La contestación se desarrolla, así, en un contexto en el que se conjugan apertura y cierre. El impulso del movimiento asociativo traduce una demanda social, pero debe mucho también a una motivación por parte de los poderes públicos, que ven en él un medio para ensanchar el consenso social y regular la crisis urbana. Las capas medias urbanas, afectadas por una escasa solidaridad comunitaria, lo perciben como un medio de promoción social, y numerosos activistas de movimientos asociativos son regularmente recompensados con su integración en las esferas políticas. Solo constituye un verdadero contrapoder en el caso de las asociaciones caritativas islamistas, cuya acción social a favor de los sectores desfavorecidos de la población urbana supone un posicionamiento político real. Las asociaciones regionales de carácter económico, social y cultural creadas en las grandes ciudades de Marruecos han sido fundadas por personalidades próximas al *Majzen* con el objetivo de «ganar nuevos apoyos entre las capas medias urbanas en expansión» (Denoëux y Gateau, 1995). Las asociaciones de vocación económica y social, llamadas de desarrollo, disfrutaban de prioridad pues compensan la retirada en estos ámbitos de los poderes públicos. En Argelia, los comités de barrios surgen tras la cesión de bienes del Estado y su desvinculación de la gestión del patrimonio inmobiliario. Asimismo, el Estado marroquí, ante el paro de los titulados (urbanos esencialmente) y las protestas que suscita,



alienta las asociaciones de apoyo a la pequeña y mediana empresa. Las asociaciones representan igualmente una apuesta financiera, en la medida en que el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial condicionan la financiación de cualquier proyecto a la implicación de aquellas: casi la tercera parte de las asociaciones egipcias han sido creadas por la propia administración (Ben Nefissa, 1995).

Esta apertura controlada y orquestada no impidió la erosión de la legitimidad de los regímenes. Esta quedó dañada tras el fracaso del panarabismo, sobre todo después de la derrota de 1967, la autonomización de la cuestión palestina convertida en nacional y el reflujo de las ideologías socializantes y tercermundistas. El ascenso del islam político obligó a los regímenes, faltos de legitimidad, a multiplicar los referentes religiosos, sobre todo en la legislación sobre la familia y el estatuto personal, así como en el ámbito de la educación y los medios de comunicación social, alejándose aún más de la concepción moderna del Estado que distingue entre la esfera política y la religiosa. La excepción fue el Túnez de Ben Alí que, ante la posición adquirida por las mujeres, tuvo que dar la vuelta al argumento para hacer de su régimen un garante contra la amenaza integrista. Ahora bien, a este respecto, competir con las corrientes islamistas es tanto más difícil cuanto más fuerte es la presencia de estas en el cuerpo social, ya sea con intervenciones ocasionales, por ejemplo, con motivo de catástrofes naturales, o por su permanente apoyo formal o informal a los sectores más desfavorecidos (asociaciones caritativas, asistencia médica, matrimonios, circuncisiones, etc.).

Tanto Egipto como Túnez son claros ejemplos de la completa pérdida de legitimidad popular que ha llevado a los regímenes a una doble estrategia. Por un lado, un bloqueo reforzado de la vida política (dominación total del Partido Nacional Democrático y de la Agrupación Constitucional Democrática), acompañado de una feroz represión policial, intentos de sucesión dinástica y, so pretexto de eficacia y mejora del «clima para los negocios», un control directo de la «gobernanza» por parte de hombres de negocios que se reparten los cargos en los ministerios con la complacencia del muy liberal Gobierno de Ahmed Nadhif (2004-2011), el cual aceleró

el ritmo de las privatizaciones¹³. Por otro lado, una apertura limitada del debate público sobre las reformas políticas suscitadas por la presión exterior, a través de una prensa menos atada y de «Kifaya» que, reuniendo opositores de todos los perfiles, organiza manifestaciones y concentraciones (Ben Nefissa, 2008) que preludian la movilización actual. Las concesiones del poder sobre las elecciones presidenciales de 2005, sometidas a sufragio universal, y la variedad de candidatos concurrentes se vaciaron rápidamente de contenido con las prácticas clientelistas y los fraudes masivos del Partido Nacional Democrático, que se atribuyó 419 de los 508 escaños en las legislativas de diciembre de 2010. La arrogancia de los sistemas autoritarios, seguros de su dispositivo de control, y su ilusoria certeza de mantener el consentimiento popular, se unieron al amplio alcance de la exclusión económica y social para causar su caída.

En todas partes, los sistemas políticos siempre han intentado debilitar la conciencia de los oponentes que han reivindicado el acceso a los recursos, jugando con las divisiones confesionales, tribales y religiosas. Se atribuyen así el papel de árbitro y garante de un equilibrio inestable. Además del ambiente de desconfianza creado por el sistema policial, el neoliberalismo instaurado propicia un individualismo exacerbado que destruye progresivamente lo que queda de las estructuras tradicionales y obstaculiza cualquier forma de solidaridad colectiva. El debilitamiento de las instituciones estatales en beneficio de relaciones personalizadas entre usuarios y agentes del aparato del Estado, basadas en el desvío de las reglas, la corrupción generalizada y sus formas derivadas (clientelismo, nepotismo...), intensifica la despolitización y provoca en la sociedad un desinterés general por los asuntos públicos e incluso un odio que recuerda curiosamente a la hostilidad atávica hacia el bey que antaño había alimentado la ocupación otomana. El divorcio entre sociedad y poder político no ha dejado de profundizarse.

2. El islam político: ¿un reto o una posible alternancia?

En un contexto insurreccional marcado por la ausencia de auténticos anclajes políticos, los

islamistas se presentan como el componente mejor estructurado, a la vez que intentan dar una imagen de fuerza no homogénea aunque indispensable. Los Hermanos Musulmanes hacen por ejercer la mayor influencia posible sobre el levantamiento egipcio, pero al mismo tiempo se muestran prudentes ante un movimiento popular inédito y se cuidan de tomar las riendas. En Jordania, las corrientes islamistas dominan el movimiento sindical y albergan el partido más importante del país (el Frente de Acción Islámica). Pero no dudan en pactar con las otras fuerzas para dirigir, en enero de 2011, las reivindicaciones sociales contra la carestía de la vida y los problemas económicos y políticos (corrupción, puesta en tela de juicio del primer ministro, reforma constitucional). En plena euforia de los levantamientos, las fuerzas islamistas de Túnez y Egipto permanecieron en la retaguardia, tras haberse sumado tardíamente al movimiento y no sin haber aceptado (en el caso de Egipto) negociar con aquellos a quienes Mubarak había cedido el poder. Dialogaron con otras formaciones para poner en pie la alianza prevista con sucesores laicos y modernistas como El-Baradei (en el caso de los Hermanos Musulmanes de Egipto), o renunciaron a plantearse su participación inmediata en las primeras elecciones presidenciales, reservando sus claras ambiciones para las legislativas (En-Nahda de R. Ghanouchi, en Túnez). No faltaron, sin embargo, las manifestaciones islamistas encaminadas a atar corto el ámbito de la vida social: saqueo de una sala de cine tunecina durante la proyección de una película sobre la laicidad, agresiones contra abogados y pensadores, presiones sobre los círculos universitarios y particularmente sobre las mujeres, escalada del control social, etc. En Egipto resurgen los conflictos intercomunitarios entre salafistas y coptos.

Cabe preguntarse si esta adhesión anunciada al ejercicio democrático es real o solo una estrategia de acceso al poder para instaurar regímenes teocráticos, un objetivo recurrente en los discursos islamistas anteriores al derrocamiento de los viejos regímenes. Por ahora, la experiencia de Argelia, que avala el fracaso de una conquista del poder por la violencia islamista armada, parece inspirar a estos movimientos. Desmarcándose de Al Qaeda y de los

grupos salafistas locales, y aceptando el apoyo de las monarquías del Golfo, especialmente de Arabia Saudí y Qatar, parecen seducidas por el pragmatismo del islamismo reformista turco conducido por el AKP (Partido de la Justicia y el Desarrollo). En el poder desde 2002, el AKP desarrolla una doble acción: una profundización de la vía liberal (a la que siempre se han adherido los Hermanos Musulmanes) y una reislamización de la sociedad¹⁴. Estas opciones estarían en sintonía con las estrategias de los círculos empresariales, finalmente liberados de las ataduras mafiosas de los monopolios familiares, o de los grupos comprometidos oligárquicos, así como con las de las potencias capitalistas, hayan o no apoyado los levantamientos. Estas se preparan desde hace algún tiempo para retirar su apoyo a los regímenes gastados, que se han vuelto poco creíbles y entrañan el riesgo de acabar suscitando verdaderas revoluciones sociales y democráticas que cuestionarían las opciones neoliberales. Dicho apoyo irá ahora a los nuevos regímenes susceptibles de mantener intactos los equilibrios geopolíticos y económicos existentes, y de gestionar mejor las contradicciones sociales. Los Hermanos Musulmanes de Egipto rechazaron unirse a las manifestaciones populares masivas de comienzos de septiembre contra las «desviaciones» del poder militar respecto de los objetivos de la revolución. Más tarde, pensando en su victoria electoral, condenaron las de diciembre. En cambio, sus dirigentes recibieron con euforia la visita oficial del Primer Ministro turco Erdogan (así como la de los representantes del Partido tunecino En-Nahda). Todo ello pone de manifiesto su posicionamiento, que no excluye, por lo demás, una alianza con el *establishment* militar y la oligarquía de los negocios.

Triunfador en las elecciones para la Constituyente de octubre de 2011, En-Nahda afirma, no sin ambigüedad, optar por este modelo, al igual que el PJD (Partido de la Justicia y del Desarrollo), vencedor en las elecciones legislativas marroquíes del mes de noviembre. En cambio, el nuevo poder libio deja entrever la implantación de un régimen islamista de carácter riguroso, acompañado de una gestión tecnocrática. En Egipto, tras las dos primeras fases de unas legis-



lativas marcadas por el masivo voto islamista, el elevado escrutinio del partido salafista An-Nour (24 y 28% de los sufragios) pesará con fuerza en las estrategias del Partido de la Libertad y de la Justicia de los Hermanos Musulmanes (36 y 36,5%, respectivamente) y conducirá a un mayor rigor moral en el ámbito económico y en el sociocultural.

Las victorias electorales islamistas, consumadas (Túnez, Marruecos) o esperadas (Egipto, después de su triunfo parcial), expresan el reforzamiento de una inserción controlada en el juego político de las tendencias islamistas llamadas «moderadas». En todas partes, estas deben contentar a sus franjas radicales y tejer alianzas –a veces contra natura– para hacerse con las riendas, sin dejar de ofrecer prendas, a la vez, a esos «factores externos» que, en definitiva, desempeñaron un papel decisivo en los cambios producidos.

20

VI. ¿Modelos económicos en crisis? Apertura liberal e integración subordinada en la mundialización

Tal vez la crisis financiera de 2008-2009 no sea ajena a las recomposiciones del mundo árabe. Como mínimo, se podría decir que precipitó los acontecimientos. ¿Es casualidad que los dos países más integrados en las redes mundializadas de producción y servicios se vieran afectados en primer lugar y de forma profunda por los levantamientos? En un entorno mundial en el que las crisis son frecuentes, largas, cada vez más severas y con réplicas localizadas, las economías y sociedades del mundo árabe se muestran particularmente vulnerables. Al afectar globalmente al crecimiento, estas crisis reducen brutalmente los recursos y agravan por consiguiente las desigualdades espaciales y sociales, dado que los poderosos se oponen a cualquier idea de reparto con los más desfavorecidos.

La recomposición económica es en realidad más antigua. Los años ochenta del siglo pasado constituyeron en todas partes una década bisagra: los países socializantes (Argelia, Siria, Irak) entraron en transición, a la vez que los que ya estaban encaminados por la senda del liberalismo, a los que muy pronto se unió Egipto,

profundizaron su «gobernanza» liberal. La liberalización solo tardó en producirse en Libia e Irán por el embargo que les fue impuesto. Ciertamente que los planes de ajuste estructural dictados por las instituciones financieras internacionales, al socaire de la crisis de la deuda exterior, trajeron aperturas, devaluaciones, privatizaciones y liberalización de los circuitos comerciales. Dichos planes fueron acatados, si no deseados, por los círculos gobernantes, ya fuera antes o después del descenso brutal de los precios del petróleo y la caída de las cotizaciones de las materias primas y los productos agrícolas. Pero las opciones liberales eran las de los agentes políticos y económicos dominantes, unas decisiones deliberadas que expresaban la evolución de las relaciones de fuerza entre grupos sociales en el seno de los partidos dominantes o únicos, y la conversión al liberalismo de antiguos gobernantes y servidores del Estado. En los países liberales, respondían a una necesidad urgente de mayor libertad de maniobra para integrarse en las redes mundializadas en ascenso. En los países de economías estatizadas traducían las prisas de las nomenclaturas y otros grupos sociales, sobre todo los favorecidos por la redistribución a través de los precios administrados, para hacer fructificar los beneficios acumulados a la sombra de Estados excesivamente protectores y proteccionistas.

El Egipto de Sadat inventó la *Infitah* (que comenzó con Nasser tras la derrota de 1967) en plena crisis del petróleo. Al mismo tiempo, el Túnez de Bourguiba, poniendo fin a la década de economía planificada de Bensalah, se incorporó resueltamente a la división internacional del trabajo. El régimen de Chadli inventó, incluso antes que Gorbachov, una especie de «perestroika» a la argelina, con una reestructuración del sector público que, a la vez que destruía totalmente el aparato productivo del Estado, creaba, al igual que en la agricultura y en el sector de la distribución, nichos de privatización, autonomía empresarial y liberalización de las actividades. Siria puso en marcha muy pronto una política moderada de privatizaciones. Así, después de las políticas de desarrollo, que habían generado especificidades nacionales, todos los países sin excepción convergieron, tarde o temprano, en un modelo

de economía liberal, en consonancia con la tendencia dominante a escala mundial (Europa central y oriental, China...). En todas partes, la economía de mercado instaurada se halla bajo el dominio de grupos sociales poderosos, hasta el punto de constituir monopolios que a veces compiten entre sí y a menudo se abren a los agentes internacionales con múltiples configuraciones de alianzas; y con la presencia del *establishment* político. El autoritarismo de los aparatos estatales garantiza una apertura controlada y modulada, permite realizar privatizaciones selectivas y, so pretexto de la soberanía nacional, aplazar o excluir aquellas que pudieran poner en entredicho el control de la renta por parte del *establishment*. Ello podría explicar los retrasos (¿vacilaciones?) que acompañan a los proyectos de reforma de los sistemas bancarios en Egipto, Túnez o incluso Argelia.

La apertura liberal se da la mano con la voluntad de los Estados de integrarse en los circuitos mundiales mediante diversas estrategias, incluida la adhesión a nuevos espacios de regulación mundiales (OMC) o regionales (Proceso de Barcelona), los cuales, al imponer normas excesivas, contribuyen de manera sustancial al desmantelamiento de los espacios nacionales de regulación. La carrera para atraer la inversión extranjera directa se enmarca dentro de esta lógica.

La evolución de los sectores económicos da cuenta de las contradicciones producidas por la liberalización y por la inserción dependiente en el proceso de mundialización, que es el corolario de aquella.¹⁵

1. La agricultura

Es un sector vital, dada la dependencia alimentaria en la que se encuentran los diferentes países, no tanto por falta de recursos (tierra, agua) –cuyos límites, sin embargo, no pueden ser ignorados– como por razones que tienen que ver con la finalidad atribuida a la producción. Ciertamente es que el alza mundial sin precedentes del precio de los bienes de consumo se explica por factores externos (sequía en Rusia y exceso de lluvias en Australia, expansión de los biocarburantes, fuerte subida de las cotizaciones del petróleo, especulación bursátil), pero la razón

también es interna y reside en el abandono de la seguridad alimentaria en beneficio de conquistas de los mercados. La estructura de las producciones revela deficiencias en el sector de la alimentación, que obligan a un aumento de las importaciones y de los excedentes de cultivos industriales y comerciales de hortalizas y frutas, destinados a los mercados urbanos en expansión, pero sobre todo a la exportación¹⁶. Así, un considerable número de países producen lo que no consumen, a la vez que la cobertura «estadística» relativa de las importaciones por las exportaciones agrícolas no es sinónimo de seguridad alimentaria. Las reformas liberales realizadas en todas partes y las contrarreformas agrarias en los países en transición agravan las desigualdades sociales, reinstauran las relaciones de dominación de la burguesía urbana sobre los campesinos y aumentan el desequilibrio entre la producción de alimentos y los cultivos destinados a la especulación.

Aunque los mercados de El Cairo, Casablanca, Túnez o Argel rebosen de productos frescos, la alimentación de las clases más desfavorecidas se deteriora en calidad y cantidad. La subalimentación gana terreno, la malnutrición aún más. Ello se debe a la inseguridad alimentaria agravada por el alza pronunciada de los precios de los productos alimenticios mundiales¹⁷ que repercutió a escala nacional, provocando las revueltas del pan en Egipto en 2008 (así como en Marruecos, Mauritania y otros muchos países del mundo), a pesar de que la tasa de crecimiento era del 7%. Esta presión continuó en 2011 (el precio del azúcar aumentó un 140% entre junio de 2010 y enero de 2011), originando protestas en las calles de Argelia a principios de enero, así como en Jordania, Egipto, Túnez y Yemen, antes de que se conjugaran reivindicaciones políticas y sociales.

2. Vulnerabilidad del modelo industrial exportador

En los países que no disponen de recursos energéticos o, en todo caso, pobremente dotados de ellos (Turquía, Egipto, Marruecos, Túnez, Jordania), el desarrollo de un aparato industrial ha pasado progresivamente de un modelo de sustitución de importaciones a un modelo ex-



portador (la mitad de la producción manufacturera tunecina es exportada) que favorece las producciones de escaso valor añadido y poco orientados hacia las actividades tecnológicas: textiles y confección, productos eléctricos, electrónica básica... Ello genera una dependencia muy fuerte en capitales e insumos, efectos de arrastre industriales insignificantes y, por consiguiente, un déficit comercial estructural (no menos grave que el provocado anteriormente por el modelo de sustitución de importaciones), que se cubre con otros recursos: el turismo, las aportaciones de los emigrantes... y el endeudamiento. Tanto en Túnez como en Marruecos, a pesar de una fuerte participación de la inversión extranjera (un tercio de las empresas y del sector manufacturero de Túnez), el retraimiento del capital privado nacional no es ajeno a la extensión de las prácticas corruptas.

22 Las crisis recurrentes ponen de manifiesto la fragilidad de los modelos exportadores. El desmantelamiento del Acuerdo Multifibras en 2005 y la agravación de la crisis financiera en 2008 afectan particularmente a las industrias exportadoras, que sufren el descenso de la demanda mundial, destruyendo miles de puestos de trabajo en Marruecos, Túnez, Jordania, etc. Las exportaciones caen y los déficits comerciales se agrandan en Túnez, Marruecos, Egipto, Jordania... La crisis se agrava tanto más cuanto que los recursos del turismo internacional y las remesas de los emigrantes conocen un freno por la caída del poder adquisitivo en Europa, la desconfianza que siempre provoca una crisis mundial y la dura competencia de otros destinos turísticos.

3. ¿Puede la cuestión energética explicar el carácter selectivo de la «primavera árabe»?

El mundo árabe posee un potencial de exportación de cerca de 18 millones de barriles diarios, es decir, un 40% de las exportaciones y cerca de la décima parte del consumo mundiales. Sin desmentir la importancia que a este respecto tienen las monarquías del Golfo e Irak, los grandes descubrimientos de gas en Libia y Egipto y la intensificación de la producción de gas en Argelia hacen del sur del Mediterráneo un

actor trascendental en el panorama energético mundial. La ocupación estadounidense de Irak, al igual que la intervención de la OTAN (y especialmente de Francia y Gran Bretaña) en Libia se pueden calificar de guerras por el petróleo. Ahora bien, la casi totalidad de los países de la región habían liberalizado el sector a lo largo de las dos últimas décadas, y las compañías estadounidenses, europeas, japonesas, chinas y brasileñas están masivamente presentes en la exploración, la extracción e incluso la valorización de estos recursos, a menudo en consorcio o en colaboración con las sociedades nacionales. Sin embargo, la historia del siglo XX nos muestra hasta qué punto las crisis reconfiguran el cuadro de los beneficiarios de la explotación petrolera. La caída del Imperio otomano consagró la entrada de sociedades estadounidenses y francesas, en una proporción de alrededor del 50%, en la *Iraq Petroleum Company*. Tras el golpe de Estado organizado por la CIA contra Mossadegh, varias sociedades estadounidenses se hicieron con el 40% de las acciones de la *National Iranian Oil Company*, tantas como las poseídas por la British Petroleum de la antigua potencia tutelar. El desenlace de la crisis libia anuncia una entrada más masiva de compañías francesas en detrimento de la italiana ENI (Ente Nazionale Idrocarburi), agente tradicional en el país y quinto grupo petrolífero mundial. Esta es, sobre todo, la redistribución que se impone, pero también la intensificación de las colaboraciones entre compañías gasísticas y petroleras, más transnacionales que nunca y funcionando como consorcios. El objetivo último es garantizar la continuidad del aprovisionamiento de energía del mercado mundial, del que Estados Unidos y, desde hace poco, Gran Bretaña y Francia se presentan como garantes. La presencia «física» estadounidense en el Golfo favoreció, no obstante, a las compañías dominadas por capital norteamericano en la reconstrucción de la economía petrolera de Kuwait y la reactivación de la de Irak, que les proporcionaron contratos de cientos de miles de millones de dólares. En Libia, la recuperación de las instalaciones petroleras y gasísticas y demás infraestructuras, evaluada en más de 400 mil millones de dólares, beneficiará sin duda alguna a las potencias que han estado «al lado de los

insurgentes», es decir Francia, Gran Bretaña y, en menor medida, Italia.

Los ingresos constituyen, tanto como los propios recursos, una cuestión principal. Sirven para financiar a través de los fondos soberanos o las reservas de divisas las deudas estatales de numerosos países occidentales, empezando por Estados Unidos, y contribuyen a una relativa estabilidad financiera mundial. Así, las monarquías del Golfo han participado en la recapitalización de los bancos afectados por la crisis financiera de 2008. También han invertido en sectores económicos vitales o incluso delicados. Es verdad que estas monarquías tienen dificultades para convertirse en polos de decisión financiera, pero sirven de instrumento de regulación¹⁸ y de apoyo al sistema económico mundial, consintiendo de paso severas pérdidas¹⁹. Esta postura corresponde en realidad a una búsqueda de legitimación que podríamos asociar al papel que los gobernantes de estos Estados ambicionan en el diálogo de civilizaciones y religiones, la mediación en los conflictos geopolíticos, etc., incluso si el Consejo de Cooperación del Golfo siempre ha rechazado la petición de adhesión de Yemen. La legitimidad no parece pasar, en este caso, por la solidaridad regional. Sin embargo, esta se moviliza ante el peligro de las revueltas populares, incluido el proyecto de integrar en el Consejo a las monarquías de Jordania y Marruecos, sobre las que pesa una seria amenaza de inestabilidad.

La unificación de los mercados que conlleva la mundialización especializa los territorios, de igual modo que las producciones agrícolas, industriales y los servicios. El mercado mundial suscita en los países en vías de integración no activa actividades productivas de reducido valor añadido (Túnez, Egipto, Marruecos...) mediante el modo de la subcontratación, o los relega a un papel de proveedores de materias primas, agrícolas o mineras, y de consumidores de bienes diversos. Aunque esta vía acarree crecimiento (un argumento a menudo invocado para acelerar la apertura), la relación entre mundialización e incremento de las desigualdades no deja de observarse: polarización social y competencia entre territorios, con unas regiones «ganadoras» –las mejor situadas y dotadas– frente a otras que pierden.²⁰

VII. La insurrección de los «humildes»: pobreza y desigualdades sociales

Frente a la tesis que sostiene que las desigualdades de un país no guardan relación con la mundialización sino exclusivamente con los modos de redistribución interna del valor producido, nos parece que en la crisis social convergen los intereses del capitalismo mundial, especialmente financiero, artífice de la mundialización, y de las clases sociales que ejercen un monopolio sobre el poder político y económico del territorio sobre el que aquella se expande. De ello resultan paradojas e incluso contradicciones entre el crecimiento rápido (Egipto, Túnez, Marruecos) o la acumulación de excedentes financieros (países petroleros) y la crisis social, que ocupa una posición central en los levantamientos populares: carestía de la vida, paro, crisis de la vivienda, repartición social y geográfica de las riquezas, etc.

23

1. Desigualdades sociales, pobreza y frustración

Uno de los principales efectos de la apertura es la dolarización de la economía, un fenómeno que se ha convertido en habitual. Extendida a los pocos productos subvencionados, priva de toda pertinencia a los umbrales de pobreza adoptados por las instituciones internacionales (PNUD, Banco Mundial, FMI). La pobreza absoluta (disponibilidades inferiores a 1,32 \$ USA por persona y día) solo parece subsistir en Yemen, Sudán y Mauritania, afectando a la quinta o la cuarta parte de sus habitantes, como también ocurre en Irak y los Territorios Palestinos sometidos a la ocupación. Pero la situación de los pobres se degrada en todas partes. Las mujeres son las más afectadas, a pesar de su amplio acceso a la educación. En 2010, más de la mitad de los egipcios y de los yemeníes, y una cuarta parte de los jordanos sobrevivían con menos de 60 € al mes, y tres millones de argelinos recibían un sueldo que no llegaba a los 100 €.

El mantenimiento de niveles muy bajos de remuneración constituye una ventaja comparativa para la atracción de capitales extranjeros que promueven todos los regímenes. Los Gobiernos



conservan así un margen de maniobra en caso de que se necesite satisfacer rápidamente ciertas reivindicaciones sociales, como ocurrió en Egipto con ocasión de las huelgas de 2006 y 2008, o en Argelia con las protestas obreras de 2010. La participación de los asalariados en el PIB es la mitad que la de los países del norte. Cuando existe, el salario mínimo interprofesional resulta irrisorio (50 euros en Egipto, 150 en Argelia y en Jordania, entre 122 y 141 en Túnez, 188 en Marruecos) y carece de significación ante el retroceso general del empleo estable y el aumento del trabajo temporal, pagado al salario horario mínimo.

La desconexión entre ingresos y precios tiende a crecer, siendo las revalorizaciones salariales en sí inflacionarias. En Argelia, los precios de los productos básicos aumentaron a un ritmo tres veces mayor que el salario mínimo interprofesional entre 2005 y 2011. En Egipto, se elevó en un 50% en 2008 y la inflación es de dos dígitos.

24 Los indicadores clásicos (paro, empleo asalariado) ya no son pertinentes para apreciar la situación social. Los cambios de definición, la marginalización de las mujeres, las contrataciones y la subcontratación de trabajadores a través de agencias de trabajo temporal bajan artificialmente la tasa de paro a niveles irrisorios, estipulados en 2010 en un 9% en Egipto, Marruecos, Líbano o Siria, y entre un 10 y un 13% en Argelia, Jordania y Túnez. Las reducidas cifras de paro divulgadas por las monarquías del Golfo (menos del 4%) se deben a una política de empleo pletórico en el sector público que limita el subempleo de jóvenes y titulados.

Simultáneamente, el salariado permanente retrocede, a la vez que se reduce el empleo público y se impone generalizadamente el predominio del sector privado. El autoempleo aumenta: en Marruecos se estima que a él se debió un 42% de las creaciones de empleo en 2009; en Túnez, la participación de los salarios en los ingresos brutos disponibles de las familias bajó de un 58% en 1983 a menos de un 53% en 2004. El trabajo informal, a menudo precario, prolifera. Son muchos los trabajadores pobres, incluso en el sector público, en el que se ha generalizado la contratación temporal. En 2009, el empleo informal ocupaba a 8,2 millones de egipcios (esto es, un 51% de los empleos no agrícolas) y al menos a un millón de argelinos.

Las actividades informales se dan en todos los países y afectan parcialmente incluso a la propia economía formal. Son toleradas por los poderes públicos, que disimulan así su incapacidad o su rechazo a crear empleos y amortiguan el descontento social. Las permite la corrupción generalizada de los servicios de control. La evasión fiscal es también una de las principales fuentes de enriquecimiento de toda una clase de «emprendedores» y agentes públicos, y de empobrecimiento del Estado.

Por otra parte, hay un rasgo recurrente en todas las revueltas. Las destrucciones cometidas durante las manifestaciones espontáneas toman como objetivo los signos de riqueza: coches, tiendas de lujo, grandes hoteles... Las disparidades sociales se han vuelto insoportables por el modo de vida ostentoso de los grupos enriquecidos.

Las evoluciones recientes marcadas por el triunfo del ultraliberalismo, el rigor presupuestario y la desvinculación de los Estados traducida en una drástica reducción del gasto social, han llevado en todas partes a una exacerbación de las desigualdades. Se ha producido una recomposición de la sociedad. Dicho esquemáticamente, la clase media ha visto cómo los comerciantes y pequeños empresarios tomaban el lugar de los funcionarios y otros agentes del Estado empobrecidos, con excepción de aquellos (numerosos) que participan de la corrupción. Simultáneamente, se ha bloqueado el acceso a los recursos y los monopolios nacionales han sido transferidos a grupos sociales dominantes frecuentemente constituidos por alianzas entre políticos, miembros del *establishment* militar y del aparato de seguridad y dueños del capital. Frente a los márgenes pobres o empobrecidos que copan las franjas inferiores de las clases medias, se desarrolla una capa de nuevos ricos (*al Baqarat assuman* en Egipto, *al Baggara, chaba'a yedida* o *S'hab Chkara* en el Magreb²¹). Estos últimos despliegan ostentosamente los signos de una riqueza acumulada mediante la especulación, una impresionante evasión fiscal (economía sumergida, trampas en el contenido de las importaciones o las transacciones, corrupción de los agentes del Estado) y el acceso a los recursos públicos a través de la corrupción o de las relaciones sociales (mercados públicos,

créditos). El desarrollo del sector privado en la construcción y las obras públicas, y cada vez más en el sector inmobiliario y en los grandes negocios, revela las estrategias de estas prácticas imprecisables.

La recomposición social más típica se caracteriza por una polarización en los extremos de la jerarquía social, con una clase media fragmentada y mayoritariamente venida a menos, a la vez que aumentan sus necesidades. La reestructuración impresiona por su rapidez.

2. El acceso al empleo y a la educación: paro juvenil y paro de titulados (y tituladas)

Esta cuestión parece cristalizar la contestación. El acceso al mercado de trabajo es muy selectivo. Depende del capital social de los familiares, del entramado de relaciones que estos establezcan en el medio laboral o de la capacidad de las familias para garantizar una formación de calidad o, al menos, la obtención de un título reconocido.

Si la igualdad de acceso a la escuela está más o menos conseguida, la desigualdad de oportunidades no es menos real. La escuela pública, que en un pasado reciente hacía las veces de ascensor social, ha ido retrocediendo progresivamente, sin duda bajo el efecto de la democratización y la masificación de la enseñanza, incluida la universidad (2,5 millones de estudiantes en Egipto, más de un millón en Argelia),²² pero sobre todo por el deterioro del marco educativo. La baja remuneración de los profesores les obliga a buscar ingresos complementarios u otros empleos, desgarneciendo así al sector en beneficio de otros o de la emigración al extranjero. La educación se hace instrumento de reproducción y agravamiento de las desigualdades. La proliferación de clases particulares de pago y el desarrollo a partir de los años noventa de una enseñanza privada competitiva poco regulada son la traducción de una demanda social de los sectores acomodados y de una creciente desvinculación de los Estados. Sin perjuicio de una tasa de fracaso a menudo elevada, que excluye a los alumnos menos eficientes incluso antes de los exámenes²³, la posesión de un título puede mejorar las oportunidades de empleo. Jordania cuenta con más universidades privadas que públicas, obligadas por lo

demás a autofinanciarse, lo cual encarece sustancialmente las tasas de matrícula. En Argelia, Marruecos, Egipto y Jordania, las normas de acceso a determinados estudios universitarios obligan a las familias a recurrir masivamente a clases de apoyo o a escuelas privadas. Egipto está viviendo una verdadera explosión de estos dos tipos de enseñanza, que suponen una carga más en el presupuesto de los menos afortunados. Además del sector privado con sus universidades (20 frente a 18 públicas) e institutos (tantos como los de carácter público), las propias instituciones públicas han creado secciones de pago cuyas elevadas tasas de inscripción alcanzan fácilmente los 10.000 \$ e incluso el doble.

Evidentemente, el título no garantiza un empleo. Desde los años noventa, el fenómeno de los titulados en paro ha ido creciendo. En Arabia Saudí, que representa una excepción entre las monarquías petroleras, cerca de un tercio de los jóvenes de menos de 30 años y el 44% de los titulados están en paro, en contraste con el 5,4% en el que se cifra el promedio nacional de desempleo. Estos jóvenes no tienen más remedio que aceptar empleos hasta hace poco reservados a los extranjeros. Los titulados son muchos pero su formación es a menudo incompatible con las ofertas de trabajo de las empresas privadas. Túnez cuenta con medio millón de parados, de los cuales 150.000 tienen titulación universitaria. En Argelia, muchas ciudades registran 40% de paro entre los jóvenes, abocados al empleo informal. El programa «Empleo para los jóvenes», que ha conllevado un desbordamiento de los efectivos en los centros públicos, ha hecho de ellos trabajadores pobres y precarios. El apoyo al autoempleo ha seguido siendo, hasta el estallido de enero de 2011, un dispositivo extremadamente burocratizado, opaco e injusto. En Marruecos, el paro de los titulados solo es menos acusado por los dispositivos puestos en marcha para prevenir el riesgo, en el marco de los planes «Iniciativas de empleo» que habrían permitido la inserción laboral de 249.000 jóvenes entre 2006 y 2010.

La situación de los titulados en paro recuerda lo que P. Bourdieu llamaba «miseria de posición», generadora de frustración relativa (Bourdieu, 1993). Engendra un sentimiento de insatisfacción de una demanda esperada,



origen de tensión y que puede llegar a serlo de explosión social si se generaliza y cristaliza. En el gesto desesperado del joven Bouazizi y en su reivindicación de la dignidad, percibimos esa expectativa no satisfecha de reconocimiento. Esto se añade a la «miseria de situación», más extendida, para constituir el denominado «océano de excluidos».

3. Ante la crisis, paliativos públicos y estrategias sociales: pluriempleo, endeudamiento de los hogares y microcrédito

El pluriempleo es una de las formas de adaptación de la sociedad. Ante la escasez de ofertas de empleo en las grandes ciudades y gracias al desarrollo de los transportes privados que facilitan la movilidad local, muchos campesinos lo prefieren al arriesgado éxodo rural, especialmente en los márgenes fronterizos, escenario de actividades de intercambio «ilícito». En las grandes ciudades, más allá del ejemplo clásico del maestro-taxista, el pluriempleo se ha convertido en un fenómeno social y afecta a todas las edades.

26

El endeudamiento de los hogares estalla en la primera década del siglo XXI, en relación con la «democratización» del consumo. Traduce una triple estrategia. Por una parte, los poderes públicos transfieren a las capas medias con ingresos modestos los costes de su desvinculación total o parcial de las políticas públicas, en especial de la vivienda, y aplazan el efecto de la congelación de los salarios. Por otra parte, poblaciones con escasa capacidad de ahorro aspiran a satisfacer unas necesidades de consumo cercanas a las de las sociedades europeas. Los bancos y las grandes firmas, por último, no buscan otra cosa que captar ingresos multiplicando y diversificando su oferta. La explosión del crédito a los particulares incrementa el déficit de la balanza de pagos al intensificar la importación de bienes de consumo duraderos (vehículos, accesorios para la vivienda, electrodomésticos, productos informáticos, etc.), y aunque pueda sostener parcialmente el crecimiento (sobre todo en el sector de la construcción), produce efectos inflacionarios duraderos.

El endeudamiento de los hogares conoció un crecimiento descomunal, más en Túnez (un

350% entre 2005 y 2007) que en Marruecos (un 110% entre 2005 y 2010) y en Argelia. Sin duda alguna, es el endeudamiento inmobiliario el que domina: cerca de un 80% de las pagos bancarios pendientes en Túnez y un 60% en Marruecos y Argelia. Los Estados han abandonado masivamente la vivienda social y promueven la compra interviniendo en las tasas de interés de los préstamos, los plazos de devolución y la reducción de los aportes personales (Túnez, Marruecos, Jordania), o bien concediendo ayudas públicas (Argelia). Sin embargo, los créditos al consumo se dispararon antes de que se hubieran adoptado reglamentaciones para contener sus riesgos (Marruecos, Túnez) o incluso su suspensión pura y dura (Argelia). Contraídos con bancos y otros establecimientos financieros, cajas de ahorros, cooperativas, grandes compañías, simples comerciantes e incluso amigos y parientes, se recurre a ellos tanto para comprar vehículos y financiar estudios en el extranjero como para cubrir los gastos de una boda o unas vacaciones; igualmente pueden constituir un anticipo de sueldo, sufragar gastos sanitarios...

Contabilizando todas las fuentes de financiación, se ha estimado la proporción representada por los hogares endeudados en el año 2010 en un 75% en Túnez y en el 50% en Marruecos. Las ofertas de las entidades de crédito (créditos *revolving* en Túnez, tasas excesivas de endeudamiento, tipos de interés revisables) y la ausencia de regulación conducen al empobrecimiento de los «beneficiarios», tanto más cuanto que la mayoría de ellos forma parte de los grupos sociales más vulnerables. En Marruecos, el 44% del pago pendiente total de los créditos bancarios al consumo proviene de personas cuyos ingresos son inferiores a 4.000 dirhams (360 euros), en su mayoría asalariados o jubilados con una tasa de endeudamiento que llega al 45%. El endeudamiento de los hogares es, según los banqueros, «razonable», inferior en todas partes al 30% del PIB, pero el sobreendeudamiento rápido y brutal de hogares vulnerables constituye un gran riesgo. Cerca del 40% de los jóvenes argelinos que han contraído un crédito no lo puede reembolsar y la mitad de los marroquíes endeudados conservan menos del tercio de sus ingresos tras el reembolso de uno o más créditos.

El microcrédito ha sido instituido por los Estados y las ONGs, como instrumento, en primer lugar, de lucha contra el paro y la pobreza; y eventualmente, en segundo lugar, de integración socioeconómica. En realidad, allí donde se ha implantado, más bien parece evitar que se agrave la situación de los pobres, en particular de las mujeres cabeza de familia, que son sus principales beneficiarias, aunque solo alcance a un reducido segmento social. Túnez contaba en 2009 con apenas 300.000 beneficiarios, de los cuales 120.000 lo eran de la ONG ENDA, con un crédito medio inferior a 700 dinares (363 euros) y un máximo de 2.600 euros. Marruecos cuenta con unos 900.000 beneficiarios (unos efectivos en descenso con la crisis financiera), pero el monto de los créditos apenas superaba los 420 millones de euros en 2010. Tanto en Marruecos como sobre todo en Egipto, la escasa o nula regulación, que favorece el alza de los tipos de interés, ha podido perjudicar a la población pobre, cuya tasa de reembolso se ha reducido.

VIII. ¿Una revuelta de las periferias contra el centro? Las disparidades territoriales

Sorprende un poco el descubrimiento, por parte de numerosos observadores, de los desequilibrios territoriales como causa de descontento, si se piensa en los muchos trabajos que desde hace más de treinta años vienen estudiando sus efectos.²⁴

Regiones periféricas o desfavorecidas y grandes ciudades aparecen, desde los años setenta del siglo pasado, como los lugares en los que prendieron las grandes revueltas sociales. En Jordania, en abril de 1989, a raíz del aumento de los precios en virtud del acuerdo entre el Gobierno y el FMI, fue el conjunto de las ciudades del sur el que conoció las manifestaciones más violentas (Lavergne, 1996). En Túnez, el desencadenamiento de la revuelta de 1984 se produjo en el sur profundo, primero en Duz y después en Kebili y El Hamma, antes de extenderse a otras ciudades de las estepas: Kasserín, Gafsa, las ciudades portuarias de Gabes y Sfax, y por último la ciudad de Túnez, sobre todo sus barrios de chabolas. En Marruecos, en 1981, la revuelta estalló en la Oriental, una de las perife-

rias más abandonadas del país: en Uxda, Berkán y Nador, antes de extenderse a Casablanca.

En 2011, el desencadenamiento del levantamiento tunecino y su difusión reprodujeron la misma pauta. La chispa saltó en Sidi Buzid, una ciudad interior de 40.000 habitantes en el suroeste estepario. Las primeras manifestaciones de carácter social y los enfrentamientos con la policía se produjeron allí, así como en otras ciudades y pueblos de las altas estepas interiores y fronterizas (Kasserín, Thala, Gafsa...). Las protestas se propagaron a las ciudades litorales del Sahel de Sfax y Susa, antes de alcanzar a la capital, donde, adquiriendo dimensión política, alcanzaron sin duda alguna a las élites, como muestra la temprana movilización de los abogados. Pero es en los márgenes populares donde se desarrolló realmente el movimiento antes de hacerse general. Después se propagó a todas las ciudades pequeñas y medianas.

En Egipto, la revuelta de enero se desencadenó en la primera metrópolis nacional, al mismo tiempo que en Alejandría, y se extendió rápidamente a las ciudades del delta y del canal y a varias del valle y del Sinaí. Sin embargo, por lo general, las ciudades del valle se incorporaron tarde al movimiento. La revuelta de 1977 había seguido el mismo esquema aunque con una difusión territorial más rápida. Tanto en Argelia como en Marruecos, el estallido se produjo simultáneamente en las capitales y en decenas de ciudades medianas y pequeñas de todas las regiones: Constantina, Suk Ahras, Jijel, Setif, Msila, Biskra, Ras El Ued, Orán, Mostaganem, Alhucemas, Fez, Sefrú, Larache, Tánger, Tetuán, Marrakech, Guelmín, etc.

En Jordania, las ciudades del sur, cuyas tribus son tradicionalmente fieles a la monarquía, se unieron muy pronto a las protestas que brotaron y cobraron fuerza principalmente en Amán y ciudades de sus alrededores, así como en Irbid. Ciertamente es que, posteriormente, la movilización revistió gran intensidad en la muy marginada provincia meridional de At Tafilah. En Yemen, la revuelta surgida en el sur del país, particularmente en Ta'izz y Adén, se intensificó en Saná y se extendió al conjunto de las ciudades del país.

La localización urbana de las manifestaciones no es algo nuevo; se ha dado en todos los movimientos anteriores. No resulta sorprendente,



si se tiene en cuenta que, por una parte, las tasas de urbanización son ya elevadas (más del 80% en los países del Golfo y de Oriente Próximo y entre un 60 y un 80% en el África mediterránea, Siria e Irak) y que, por otra parte, las desigualdades sociales en las zonas urbanas son enormes y particularmente visibles. Las disparidades entre la ciudad y el campo no son más pronunciadas que los contrastes entre barrios de una misma ciudad. Los pobres de las ciudades son tan vulnerables como los del campo, si no más. La ciudad ya no es solamente polo de concentración del paro rural que le llega; se ha convertido en lugar propicio para la reproducción de la pobreza y de las desigualdades, que dejan huella directa en el suelo a través de un acceso muy selectivo a la vivienda. Las disparidades afectan a todas las ciudades y constituyen un caldo de cultivo para que se generalice la contestación. El desigual acceso a los servicios públicos (agua, electricidad, educación, sanidad...) ha vuelto particularmente vulnerables a las capas medias y desfavorecidas urbanas, desestabilizadas por la liberalización galopante de los últimos veinte años y el debilitamiento de las solidaridades sociales.

La desigualdad entre regiones constituye una realidad palpable: entre el litoral oriental y el interior en Túnez; entre la zona central y occidental y las regiones periféricas en Marruecos; entre el delta y el valle en Egipto; entre sur y norte en Jordania; entre el Tell y las estepas en Argelia; entre la Tripolitana y la Cirenaica en Libia... Esta desigualdad tiene raíces históricas más o menos profundas, pero los mecanismos políticos y económicos recientes han acentuado una dinámica particular que es inseparable de la liberalización y la incorporación a la mundialización: la *metropolización*²⁵. Esta puede ser fruto de la concentración de un poder político que drena las riquezas de todo un país (Saná), o del acaparamiento extremo de recursos económicos y rentas (Casablanca), y a menudo de ambas cosas a la vez (El Cairo, Argel, Damasco, Amán). Se acompaña frecuentemente de una ralentización demográfica, efecto de la mengua de oportunidades de instalación, la especulación que se apodera de todos los segmentos del negocio inmobiliario (incluido el de la infravivienda), e incluso de la represión administrati-

va y policial: destrucción de viviendas improvisadas sin realojamiento, retorno forzoso a los pueblos de origen...

En Túnez, la polarización de la capital, acelerada, como en Argel, durante el periodo colonial (Casablanca es un producto de este a partir de una pequeña medina) se amortiguó temporalmente con los esfuerzos para desarrollar el interior y el sur litoral durante la corta experiencia de economía planificada de Bensalah. Después no ha dejado de acentuarse, a partir de los años setenta, con la apertura del país al capital internacional. Por difusión, ha acabado por constituir una gran área metropolitana litoral y prelitoral que abarca desde Túnez hasta Susa. Está organizada sobre la base de industrias de exportación, una extensa gama de servicios a las empresas y personales, un poderoso equipamiento turístico e infraestructuras viales, ferroviarias y marítimas muy densas, todo lo cual se traduce en una intensa expansión de la urbanización. El centro se despliega espacialmente y se concentra económicamente. Es el mismo proceso que han conocido Casablanca y El Cairo. Esta última capital, cuya preeminencia es estructural, vio reforzarse su peso económico durante el periodo nasseriano, no obstante el fortalecimiento de las ciudades industriales del delta y del canal. La *Infitah*, al privatizar masivamente la economía y sobre todo la industria (la actividad privada produce ya más del 80% del valor añadido del sector), reforzó la preponderancia cairota. Reestructuró el aparato industrial metropolitano, orientado hacia los bienes de consumo manufacturados parcialmente destinados a la exportación, y lo extendió espacialmente: las nuevas ciudades de Diez de Ramadán y Seis de Octubre se han convertido en verdaderos polos industriales.

La voluntad de los Estados de favorecer la metropolización extiende en ciudades y campos las zonas de marginación y, por consiguiente, de frustración, y se acompaña en las grandes ciudades de una polarización social extrema. El hecho de que el conjunto metropolitano Casablanca-Mohammedía-Rabat-Salé, que alberga el 12% de la población de Marruecos y el 22% de sus efectivos urbanos, absorbiera en 2009 las tres cuartas partes de los créditos concedidos por el sistema bancario, cuando su contribución

a los depósitos es del 55%, pone de manifiesto el drenaje del ahorro creado en las otras regiones (por sus residentes y por emigrados al extranjero) a favor de la economía metropolitana. Pero el endeudamiento –y el sobreendeudamiento– de los hogares alcanza allí sus mayores cotas.

IX. Revueltas en Libia y en Siria e intereses internacionales

El silencio de ciertos Gobiernos europeos y de Estados Unidos sobre las revueltas de Túnez y Egipto y su colusión con el Consejo de Cooperación para los Estados Árabes del Golfo en la asfixia del levantamiento bareiní contrastan con la intransigencia y la celeridad con la que reaccionaron ante los conflictos de Libia y Siria para apoyar la caída de los regímenes en el poder, mediante una acción militar decidida en el primer caso e imponiendo sanciones en el segundo. Por si quedara alguna duda, la posición de Rusia y China, conciliadora sobre Libia pero firme sobre Siria, es una muestra del carácter diverso de los conflictos.

1. ¿Excepción libia o interferencia abierta de los intereses internacionales?

Libia representa un caso atípico a pesar de la similitud política con Egipto y Túnez: un *za'im* (en este caso el «guía de la revolución») de longevidad excepcional (42 años de poder absoluto) y un sistema político muy autoritario que monopoliza la esfera política y mediática sin dejar ningún margen a la oposición ni a la libertad de expresión. Un país en el que, sin embargo, los medios de comunicación han intentado en vano hallar signos de pobreza que pudieran dar una razón social de la rebelión. Es verdad que tras la crisis del petróleo de 1973, Gadafi, siguiendo los pasos de Nasser aunque con más ambigüedad ideológica, puso en marcha una política de desarrollo económico y social y de equilibrio regional apoyándose en el maná petrolero. Posteriormente, la política de empleo pletórico (una especie de renta), unas políticas sociales vigorosas (abastecimiento de agua, electrificación, acceso a la vivienda), concesión de créditos a menudo no reembolsables, generosas subvenciones posibilitadas por una población poco

numerosa para la importancia de los ingresos del petróleo, y una gestión libre de la fuerza de trabajo inmigrada en beneficio de una mayoría de los libios (el sueldo medio de un africano sud-sahariano no superaba los 120 euros) apenas dejaban espacio para la contestación social. La dirección política y las medidas represivas sofocaban cualquier oposición, incluida la islamista. La aspiración al derrocamiento de un poder familiar y a la democracia se presenta a menudo como la principal motivación, cuando en realidad es en las conflictivas relaciones tribales y regionales donde parece radicar la clave esencial de una confrontación en torno al reparto desigual de los ingresos del petróleo. A través de la repartición de la renta minera, Gadafi había sabido controlar las rivalidades tribales, reducir las desigualdades regionales y forjar una conciencia nacional, aún frágil, al unificar mercado y espacio nacionales.

El movimiento de protesta nacido en la Cirenaica en febrero del pasado año se transformó enseguida en una verdadera rebelión armada, equipada en material bélico y dirigida al cabo de pocos días por un Comité Nacional de Transición (CNT) cuyos primeros miembros conocidos habían sido casi en su totalidad fieles colaboradores de Gadafi durante décadas.

La extraordinaria instrumentalización mediática de la represión (real) de las protestas en la Cirenaica preparó a la opinión internacional para una intervención extranjera. Con la resolución 1974, la ONU, después de la Liga Árabe, preconizará la adopción de todas las «medidas necesarias... para proteger a la población y las zonas civiles en peligro de ser atacadas...». Pero los bombardeos aéreos sobre Libia no tardaron nada en desviarse hacia un objetivo diferente: el de derrocar al régimen y reemplazarlo por un poder prefigurado por el CNT. La intervención de la OTAN aparece, así, como un apoyo a un golpe armado que perseguía sustituir un poder por otro, cuya composición traduce más bien una escisión de ese poder y está lejos de corresponder a la de unos partidarios de la democracia. La realidad que se observa sobre el terreno es, asimismo, la de tribus del Este conquistando territorios en detrimento de las del Oeste del país (Piccinin, 2011). Al contrario que en Túnez y en Egipto, ninguna fuerza civil representa un



contrapoder frente al CNT y a las múltiples células, a menudo autónomas, que componen su brazo armado.

30 En lo que respecta a su naturaleza y verdaderas intenciones políticas, la rebelión se vería con ojos menos *unanimistas* por los observadores occidentales, y suscitaba inquietudes hasta en la propia dirección del consejo militar de Trípoli²⁶, desde el asesinato de su jefe militar Younis, interpretado como un ajuste de cuentas entre facciones enfrentadas, y la divulgación de la contribución yihadista a la composición del CNT: a medida que se extendía la depuración –permitida por los bombardeos de la OTAN (de los que no se libró la población civil) y por la presencia de «expertos» sobre el terreno²⁷– ejercida por los rebeldes contra los antiguos agentes del Estado libio (principalmente en la Tripolitana), la población negra del Sur del país y los trabajadores inmigrantes del África sud-sahariana, asimilados sistemáticamente a mercenarios²⁸, y se intensificaba la represión contra la población tuareg. A medida, también, que se iban conociendo los acuerdos secretos entre el CNT y los países de la OTAN implicados en el derrocamiento del régimen, estipulando la prioridad de estos en los futuros contratos sobre el petróleo y el gas (véase más arriba). Las manifestaciones populares de finales del pasado mes de septiembre reclamaban la «desmilitarización» del país, sobre todo de la capital, disputada al menos por dos grandes milicias. Las de diciembre exigían el desarme de milicias, por entonces pletóricas, que competían entre ellas y eran responsables de violencias recurrentes. El CNT, aparentemente desgarrado por las disensiones, es incapaz de unificar las fuerzas armadas, evitar los enfrentamientos (en Azzawiya y después en Trípoli) y formar un gobierno de consenso. ¿No es, acaso, la declaración en Benghazi de la liberación de Libia un símbolo de afirmación de una nueva correlación de fuerzas regionales? El anuncio de la derogación del estatuto de la familia de 1984 y de la islamización del sistema bancario, sin esperar a ninguna consulta popular, parece menos un augurio de inspiración razonada en la *Charí'a* que de una opción islamista radical.

2. El conflicto sirio y la gran apuesta de Oriente Medio

La tesis según la cual Siria, después de Irak y Libia, es el último bastión por caer del frente de rechazo a la dominación estadounidense y a su cabeza de puente, Israel, responde, a la vez, fiel y parcialmente a la realidad. El régimen baazista hace de los Altos del Golán el tema principal de su conflicto con Israel, sin dejar de sostener que el proceso de paz debe ser global e incluir la cuestión palestina, y rechazando un acuerdo separado al modo de Egipto (E. Samo, 2010). Es consciente de la necesaria implicación estadounidense en las negociaciones, a la vez que defiende la alianza con Irán, Hezbolá (y, a través de este, la coalición actualmente gobernante en Líbano) y Hamás. El resultado es un *statu quo* favorable al actual equilibrio inestable de Oriente Próximo y, por lo tanto, poco perturbador para la estrategia estadounidense e israelí, hostil, como es bien sabido, a la creación de un Estado palestino viable. Sin embargo, la mejor disposición de la Siria de Bashar Al Assad, incluido el acercamiento que intentara con Turquía, único aliado regional de Israel, fue cortada de raíz por la intransigencia de Estados Unidos y Europa, que reclamaron enseguida la salida de Bashar Al Assad tras las primeras protestas populares, sin pararse lo más mínimo a considerar las reformas propuestas por el régimen. Una gran parte de la sociedad siria desea que su país se mantenga a salvo de una injerencia extranjera que sería fatal para una unidad nacional de amplio consenso, a pesar de su gran diversidad confesional y etnocultural. La administración de Obama ha reafirmado la estrategia de destrucción del «eje del mal» que predicaba George W. Bush y esgrime al mismo tiempo la amenaza que representaría un armamento atómico iraní. De ahí el riesgo de intervención estadounidense o «euro-estadounidense», reeditando la catástrofe humanitaria de Irak (un millón de muertos y más de cuatro millones de desplazados), a falta de un acuerdo internacional sobre la resolución europea respecto a Siria... que haría temer una repetición del guión libio, reavivado por las evoluciones más recientes.

Al igual que en Libia, la presión de Estados Unidos y Europa parece decisiva y suscita en la coordinación de una oposición poco avenida

llamamientos a la injerencia extranjera. Todo lo cual no excluye otras causas internas: un sistema político autoritario aunque no monolítico (reformistas contra conservadores); la interrelación entre poder político y dominación económica; las disparidades regionales entre el eje interior desarrollado que abarca desde Damasco a Alepo y las otras regiones, en cuyo desarrollo desigual inciden un imperativo clientelista (Yabal alauita) o las carencias del aprovechamiento de los recursos hídricos (valle del Éufrates); y las desigualdades sociales crecientes.

X. Conclusión

Es esencial distinguir entre, de un lado, los levantamientos populares de Túnez y Egipto y, de otro, el golpe de Estado de Libia (si no alentado, como mínimo apoyado y dirigido por fuerzas armadas extranjeras) y la revuelta siria cautiva de intereses geopolíticos, subordinados a una dominación militar estadounidense en expansión.

En el África mediterránea –Libia excluida–, la fuerza y la innovación del movimiento residen en el paso de las primeras manifestaciones a una contestación política favorecida por potentes herramientas de movilización, en especial las redes sociales. Es ahí también donde reside su debilidad, por dos razones. Por una parte, la contestación tiende a desconectarse de las reivindicaciones sociales y económicas (jóvenes activistas egipcios han afirmado en ocasiones que sus reivindicaciones eran exclusivamente políticas), lo que suscita una notable unanimidad mediática en Europa y Estados Unidos. Ahora bien, aunque el progreso socioeconómico no sea posible sin democracia, no es seguro que la democracia representativa remueva mecánicamente los obstáculos al desarrollo económico y social, ni que atenúe las vulnerabilidades producidas por treinta años de apertura desregulada. La reciente movilización de *los indignados* de Europa y de Estados Unidos contra la dominación del poder financiero es instructiva al respecto. Por otra parte, la revuelta ataca a los símbolos, a la parte visible de los sistemas políticos: las familias en el poder (los Ben Alí y los Trabelsi, los Mubarak y sus aliados). No arremete contra el entramado de dispositivos de rapiña económica tejidos por estas familias, pero

también en otras parcelas del cuerpo social. La ausencia de soportes políticos, en concreto de partidos organizados que compartan la naturaleza del movimiento, así como la resistencia de los sistemas exigen que las revueltas mantengan la presión sobre los poderes conductores de la transición mediante manifestaciones permanentes, presentadas por aquellos como la causa de las dificultades que experimenta la economía para reactivarse, y reprimidas. Así, en Egipto el Consejo Supremo de las fuerzas armadas ha promulgado unos «principios que prevalecen sobre la Constitución». Esgrimiendo el riesgo de que los islamistas, vencedores de las elecciones generales, establezcan un régimen teocrático, reafirman el carácter «civil» del Estado, a la vez que preservan la autonomía del ejército en la gestión de sus asuntos. Las manifestaciones de la plaza Tahrir de los días 18 y 19 de noviembre, en las que los islamistas, volcados en las elecciones legislativas, se abstuvieron de participar, se saldaron con otra treintena de muertos.

Las revueltas parecen haber sido aprovechadas por una parte de la oligarquía político-económica para apartar al sector más comprometido y preservar el sistema. Asistimos, por lo tanto, a una recomposición de los sistemas políticos, llevada al extremo en Libia que cambia de régimen y entra en una estrecha dependencia de las potencias capitalistas hegemónicas. Estas tienen asegurado el respeto de los gobiernos de transición a los compromisos de los «antiguos regímenes» en materias como el control de la emigración ilegal, las opciones económicas liberales, la seguridad de las inversiones extranjeras o la seguridad de Israel...

Por el momento, mucho más que abrir un proceso revolucionario que reestructure el Estado, implante la democracia y rompa con el modelo neoliberal dominante (origen de las desigualdades) y con la subordinación a las potencias capitalistas, esta crisis reconfigura los sistemas políticos existentes, a la vez que favorece las expresiones de identidades diferenciadas y el agravamiento de las divisiones confesionales y etnoculturales. Todo ello mantiene una inestabilidad crónica, anunciadora de probables «caos limitados»²⁹ que acentuarán la fragmentación del mundo árabe y los conflictos entre países y en el seno de ellos.



Notas

1.- Diversos investigadores han ayudado a esclarecer dichos levantamientos al preguntarse no solo por los detonantes, sino también por las causas profundas y, a veces, por las formas de movilización: M. Ben Romdhane sobre Túnez, S. Amin sobre Egipto, E. Verdeil sobre las ciudades árabes, P.R. Baduel sobre el papel del ejército en Túnez, etc.

2.- El interés prestado a acontecimientos de escala microscópica ayuda a la renovación que se está produciendo en la sociología de los movimientos sociales (L. Mathieu, 2004).

3.- La onda de choque ha llegado coyunturalmente a Albania, India y China, donde el poder político reconoce ya el aumento de las desigualdades sociales. Aunque en circunstancias diferentes, también se puede ver su influencia en el movimiento de los indignados de España, que se extendió a Grecia, Italia, Israel e incluso Francia.

32

4.- Distinción empleada por Mc Adam, Tarrow y Tilly en sustitución de la que separa formas institucionales y formas no institucionales (L. Mathieu, 2004).

5.- En Egipto, el flujo de turistas (que supuso 12.500 millones de dólares en 2010, 5,8% del PIB, sosteniendo a 16 millones de egipcios) registró un descenso del 45% entre enero y marzo de 2011, y al finalizar el año la tasa de ocupación había caído en algunos lugares por debajo del 20%. También han disminuido las reservas de divisas, por la caída de los ingresos (turismo, remesas de los emigrantes, exportaciones), y más aún por la salida de capitales (5.900 millones de dólares entre enero y mayo de 2011). En diciembre de 2011 solo cubrían tres meses de importaciones, con el consiguiente debilitamiento de la libra egipcia frente a las divisas que encarece la factura de las importaciones e impulsa el alza de los precios internos, lo que atizará la llama de los conflictos sociales.

6.- Véase Nathalie Nougarede, *Le Monde* del 28 de agosto de 2011, «La guerre de Sarkozy». En el momento en que Francia presidió la conferencia de Libia, tanto el Presidente Sarkozy como su Primer Ministro vieron bajar su cota de popularidad, invalidando así la relación mecanicista que se podría esperar entre «éxito» diplomático y perspectivas electorales.

7.- Probablemente Estados Unidos está viendo en una Libia «renovada» el Estado que pueda acoger el Africom, mando militar americano para África, que sigue teniendo su sede en Stuttgart (S. Amin, 2011:

«Le printemps arabe?», <http://www.m-pep.org/spip.php?article2065>).

8.- El último Ramadán (agosto de 2011) ha sido el más sangriento desde hace seis años, marcado por una serie de atentados mortíferos, entre ellos los más espectaculares contra la comisaría de Tizi Ouzou y la academia militar de Cherchell.

9.- Con las excepciones de algunas voces disonantes: G. Corm, E. Picard y recientemente E. Verdeil a propósito del Líbano, Jean Tubiana sobre Darfur, F. Mermier sobre Yemen, etc.

10.- Al Yazira, que se presenta como defensora de la democracia y la libertad, es sin embargo una creación y un instrumento de propaganda del emirato wahhabí de Qatar. Su política editorial partidista durante los levantamientos, poco preocupada por la ética de la información, es selectiva, insistiendo sobre la «revolución» libia pero pasando por alto la represión de la revuelta bareiní o los daños de los bombardeos de la OTAN en Libia; favorece a las fuerzas sociales o políticas próximas a las perspectivas y posiciones cataríes.

11.- Véase O. Lamoum (*Tunisie: quelle transition démocratique?*, 2004) que se apoya en esta teoría para analizar el caso tunecino.

12.- Incluso allí donde el pluripartidismo sobrevivió a la independencia, como en Marruecos, muy pronto el Estado se hizo con el poder mediante el uso de la violencia y la represión. En Jordania, los partidos fueron disueltos, simple y llanamente, en 1952.

13.- Ante las elevadas tasas de crecimiento, las instituciones financieras internacionales y las potencias occidentales animan a seguir por este camino a los regímenes de Egipto y Túnez, renovándoles una y otra vez su beneplácito.

14.- El modelo turco ha profundizado el proceso de privatización de la economía aplicado a raíz del golpe de Estado militar de 1980. Asimismo ha reforzado su inserción internacional. Sin duda, el crecimiento es un hecho, aunque fluctuante al ritmo del mercado europeo que es el principal destino de las exportaciones. Pero el déficit presupuestario y el endeudamiento externo se han agravado. Las desigualdades sociales y las fracturas territoriales entre el Oeste y la Anatolia (particularmente la oriental) no se reducen en absoluto y se acompañan de desigualdades intrarregionales. Por último, el modelo está lejos de ser democrático, con sus miles de presos políticos (sobre todo kurdos), más de un centenar

Las raíces de los levantamientos árabes

de periodistas detenidos o perseguidos y el estrecho control de los medios de comunicación social; los principales órganos de prensa están en manos de los grandes grupos industriales y financieros.

15.- Para un análisis exhaustivo y detallado de la evolución de las economías del mundo árabe, véase A. Prenant y B. Semmoud. 2010. *Magreb y Oriente Medio: espacios y sociedades*. Granada: EUG; asimismo: B. Semmoud. 2010. *Maghreb et Moyen-Orient dans la mondialisation*. París: A. Colin.

16.- Bastantes países quedan al margen de estas exportaciones (Argelia, Libia, Qatar, Kuwait...) pero aspiran a realizarlas. El mero hecho de exportar algunas toneladas se convierte en una hazaña.

17.- Aumentaron un 220% en ocho años; el trigo se encareció en un 83% a lo largo de 2007.

18.- No debe olvidarse el papel tradicionalmente desempeñado por los países del Golfo en la regulación del mercado petrolero mundial, especialmente Arabia Saudí, a veces contra las decisiones de la OPEP.

19.- Un billón de dólares se habría evaporado por la erosión de las inversiones financieras árabes, especialmente en Estados Unidos.

20.- Véanse los trabajos de P. Veltz, y de A. Lipietz y G. Benko.

21.- Las vacas gordas, los embaucadores, los nuevos ricos.

22.- Todavía quedan muchas zonas rurales al margen de la escolarización en Yemen, Sudán e incluso Marruecos.

23.- Esta práctica se da igualmente en el sector público. En numerosos países, los centros de enseñanza secundaria bien situados y de buena reputación seleccionan a su alumnado (excluyendo a los repetidores), captando a buenos estudiantes provenientes de otros centros, lo que agrava la desigualdad escolar entre barrios dentro de una misma ciudad.

24.- Especialmente en Túnez (P. Signoles, A. Belhedi, H. Regnault, H. Djalal), Egipto (E. Denis, F. Moriconi-Ebrard), Argelia (A. Prenant, B. Semmoud), Marruecos (J. F. Troin) y de forma más global sobre el conjunto del Magreb y Oriente Medio (B. Semmoud, 2003, 2010).

25.- Modesta en comparación con la de Europa, Estados Unidos o el Este y Sureste asiático, tiene sin embargo profundos efectos sobre la estructura territorial.

26.- Incluso después de que se divulgaran los nombres de los miembros del Comité, ni los grandes medios de comunicación como Al Yazira ni los aliados occidentales se han interesado por los objetivos no declarados; no obstante, Estados Unidos ha expresado su inquietud ante una posible deriva yihadista. Una deriva que se refleja en la aparición de milicias religiosas al modo de la policía saudí de «promoción de la virtud y prevención del vicio», que imponen prácticas extremistas y niegan los derechos de las mujeres (periódico *Arous al Bahr* del martes 21 de septiembre de 2011, citado en la edición en línea de *The Middle East*). El ataque a una mezquita y la profanación de cementerios en Trípoli se atribuyen igualmente a milicias armadas salafistas.

27.- Violando la resolución 1973 de la ONU que se limitaba a la protección de la población civil y no estipulaba ni bombardeos ni suministro de armas a los insurgentes.

28.- Dicho esto, el racismo contra la población negra ha sido durante décadas una constante en Libia, a veces alentado y otras rechazado por el régimen de Gadafi.

29.- Según la expresión de Olivier Dollfus que en 1996 designaba así a los territorios en los que concurren descomposición del Estado, intervención extranjera y sobre-instrumentalización mediática («Comment sortir des «chaos bornés»? Anatomie des conflits contemporains», *Sciences humaines*, n° 65).



Bibliografía

34

- BELHEDI, Amor. 1999. *Les disparités spatiales en Tunisie, état des lieux. Méditerranée*, nº 1.2, págs. 63-72.
- BEN NEFISSA, Sarah. 2008. «Ça suffit?, le «haut» et le «bas» du politique en Egypte», en BEN NEFISSA, Sarah y MOISSERON, Jean-Yves, *L'Égypte sous pression ? Des mobilisations au verrouillage politique, Politique africaine*, nº 108, págs. 5-24.
- BEN NEFISSA, Sarah. 1995. «Associations égyptiennes : une libéralisation sous contrôle». *Maghreb Machrek*, nº 155, págs. 41-56.
- COULAND, Jacques. 1998. «Trois «emotions du pain» au Proche-Orient: Essai de repérage comparative des critères (Égypte 1977, Soudan 1985, Jordanie, 1989)». *Cahiers du Gremamo*, Université de Paris 7, nº 15, págs. 9-20.
- BOURDIEU, Pierre (dir.). 1993. *La misère du monde*. París: Le Seuil, 947 págs. (traducido al español: *La miseria del mundo*. Madrid: Akal, 1999).
- CORM, Georges. 2007. *Le Proche-Orient éclaté (1956-2007)*. París: Éditions Gallimard, 5ª ed., 1128 págs.
- DAVIE, Michael (dir.). 1997. *Beyrouth. Regards croisés*. Tours: URBAMA, colección Villes du Monde Arabe, 362 págs.
- DLALA, Habib. 2009. «Dynamiques économiques récentes et recompositions littorales en Tunisie», en SEMMOUD, Bouziane (dir.). *Mers, détroits et littoraux: charnières ou frontières des territoires?* París: L'Harmattan, págs. 83-95.
- DENOEU, Guilain y GATEAU, Laurent. 1995. «L'essor des associations au Maroc: à la recherche d'une citoyenneté». *Maghreb Machrek*, nº 155, págs. 19-39.
- GONZÁLEZ-QUIJANO, Yves. Febrero de 2011. «Les «origines culturelles numériques» de la Révolution arabe», en *Politique et culture arabe*. Página electrónica: <http://cpa.hypotheses.org/2484>.
- LAMLOUM, Olfa. 2006. «Tunisie: quelle transition démocratique?», en FERRIER, Jean-Noël y SANTUCCI, Jean-Claude (dir.). *Dispositifs de démocratisation et dispositifs autoritaires en Afrique du Nord*. Aix-en-Provence: Editions du CNRS, págs. 121-147.
- LAACHER, Smaïn y TERZI, Cédric. Marzo de 2011. «Facebook n'a pas fait la révolution». *Médiapart*: <http://blogs.mediapart.fr/edition/revolutions-dans-le-monde-arabe>.
- LAVERGNE, Marc. 1996. *La Jordanie*. París: Karthala, 249 págs.
- MATHIEU, Lilian. 2004. «Des mouvements sociaux à la politique contestataire: les voies tâtonnantes d'un renouvellement de perspective». *Revue française de sociologie*, 45-3, págs. 561-580.
- MERMIER, Franck. 2008. «Yémen: le Sud sur la voie de la sécession». *EchoGéo*: <http://echogeo.revues.org/5603>.
- OIT. 2011. *Statistical update on employment in the informal economy*.
- PICCININ, Pierre. Octubre de 2011. «Mythes et réalité de la révolution libyenne». *L'Orient-Le Jour*.
- PRENANT, André y SEMMOUD, Bouziane. 2006. *Magreb y Oriente Medio: espacios y sociedades*. Granada: Editorial Universidad de Granada, 341 págs.
- SAMO, Elias. 2010. «Syrie, un aperçu de la situation». *Politiques méditerranéennes*, págs. 202-205.
- SEMMOUD, Bouziane. 2010. *Maghreb et Moyen-Orient dans la mondialisation*. París: A. Colin, 318 págs.
- SEMMOUD, Bouziane. 2003. «Organisation des territoires en Afrique septentrionale», en *L'Afrique, vulnérabilités et défis*. París: Éditions du Temps, págs. 63-119.
- VERDEIL, Éric. Febrero de 2011. «Villes arabes en révolution: quelques observations». *Métropolitiques*: <http://www.metropolitiques.eu/Villes-arabes-en-revolution.html>.
- VISSER, Reidar. 2008. «Irak: du fédéralisme aux tentatives de partition». *Alternatives internationales*, nº 40: http://www.alternatives-internationales.fr/la-guerre-en-irak--les-elections-en-irak_fr_art_747_38414.html.